

Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile

RAFAEL SAGREDO BAEZA*

LAS VISITAS GUBERNAMENTALES EN CHILE 1788-1861¹

ABSTRACT

This work analyzes the tours through Chile made by government officials between 1788 and 1853 and the plans for presidential visits from 1843 to 1861.

The purpose of these visits, originally designed to improve administration and provide better government, gradually evolved towards over political objectives. These tours can be seen as historical precedents for the trips along the country made by José Manuel Balmaceda as from 1883.

El texto que presentamos tiene como propósito esencial ilustrar sobre las visitas gubernamentales que se realizaron y propusieron efectuar a las provincias y regiones de Chile entre 1788 y 1861. Se inscribe en un área de investigación que venimos desarrollando, cuyo propósito es el estudio de las prácticas políticas como expresión del proceso de modernización nacional finisecular.

La misma, aborda el viaje como expresión política, y en relación al desenvolvimiento general del país a lo largo del pasado siglo. En este contexto, esta monografía constituye un antecedente de los viajes del poder realizados en la época de Balmaceda, estos últimos una manifestación de la readequación que sufre el poder y el papel del Ejecutivo en el Chile del último tercio del siglo. Un signo de la expansión y democratización de la sociedad, una de las formas

* Profesor del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica e investigador del Centro Barros Arana de la Biblioteca Nacional.

¹ Esta monografía ha sido preparada en el marco del proyecto FONDECYT 1960292.

que el poder gubernamental tuvo de reconocer la existencia de una sociedad cada vez más plural e independiente de la autoridad oficial.

Como ya hemos tenido oportunidad de afirmar, antes de José Manuel Balmaceda ningún gobernante chileno viajó de manera tan sistemática como él y menos con la intención que este dio a sus desplazamientos fuera de Santiago². Sin embargo, Balmaceda no fue el único Presidente chileno que salió a las provincias a lo largo del siglo XIX. Gobernantes como Manuel Montt, José Joaquín Pérez y Domingo Santa María también se animaron a visitar distintas regiones del país, algunas de ellas alejadas de la capital. Más todavía, con anterioridad a los mandatarios del pasado siglo, un gobernador de la que fuera Capitanía General de Chile también se aventuró a realizar una visita general a los territorios que estaban bajo su jurisdicción.

Pese a que cada uno de los viajes mencionados se realizó en circunstancias y con propósitos a veces muy diferentes de los desplazamientos gubernamentales posteriores, los mismos constituyen antecedentes mediatos e inmediatos de los viajes gubernativos del último quinto del pasado siglo y, en cuanto tales, es necesario conocerlos y comprenderlos en sus características esenciales para valorar el sentido que más tarde tendrán los viajes y giras propiamente políticas que José Manuel Balmaceda realizó entre 1883 y 1891.

LA VISITA GENERAL DE 1788

Hacia fines del período colonial la gobernación de Chile se extendía desde el despoblado de Atacama por el norte, hasta el Cabo de Hornos en el sur. Por el este, la jurisdicción incluía la Patagonia desde el Río Negro al sur, siendo el Océano Pacífico su límite poniente. En este vasto territorio, era el espacio comprendido entre el río Biobío y La Serena el que concentraba la población, pues en él se desenvolvían las tareas agrícolas y mineras que generaban los recursos para la subsistencia de sus habitantes.

A lo largo del último siglo colonial el aumento de la población y la mayor riqueza derivada de las actividades mineras y agrícolas habían facilitado la fundación de numerosos poblados entre los ríos Copiapó y Biobío, así como el reconocimiento de las costas y territorios alejados del núcleo central como, por ejemplo, el Estrecho de Magallanes, las islas de Chiloé y Juan Fernández y la Patagonia.

² Véase Rafael Sagredo Baeza, "Balmaceda y los orígenes del intervencionismo estatal", en Luis Ortega (ed.), *La Guerra Civil de 1891. Cien años hoy*, Santiago, Universidad de Santiago de Chile, 1991, 37-48. Ver 42 y 43.

Había sido la bonanza minera, particularmente de la plata, derivada del intenso comercio y del contrabando provocado por la apertura comercial de los Borbones, lo que hizo posible acentuar la ocupación de los territorios al norte de La Serena, así como financiar la importación de bienes manufacturados que, junto a la construcción de importantes edificios y obras públicas, comenzaban a cambiar el carácter de la antes extremadamente pobre colonia.

La aristocracia criolla, gracias al control de las actividades productivas y del comercio, así como de las plazas administrativas en el aparato imperial, se transformó en el grupo dominante de una sociedad dividida en estamentos y cuya conformación, predominantemente mestiza, era el resultado de la unión de blancos e indios.

A esta sociedad en crecimiento, dinámica, que había logrado deshacerse del pesado costo que implicaba la guerra contra los araucanos, cuyas exportaciones de granos y metales habían permitido un mayor desahogo e incluso inversión en obras de adelanto público, dominada por un grupo criollo consciente de las posibilidades del territorio que ocupaban, llegó quien sería considerado uno de los gobernadores más destacados que tuvo Chile a lo largo de su existencia como colonia española.

Si el nombramiento del irlandés Ambrosio O'Higgins como gobernador, capitán general y Presidente de la Real Audiencia de Chile fue sólo en 1787, la verdad es que su estadía en estos territorios se prolongaba ya desde 1761, año en que había sido destinado como ingeniero delineador de los trabajos existentes en las fortificaciones de la Araucanía³. Fue ese el comienzo de una rápida y brillante carrera funcionaria que culminaría con su elevación a la gobernación de Chile y que, más tarde, lo haría acreedor al nombramiento de Virrey del Perú.

De carácter grave, reservado y circunspecto, sobrio en su vida y moderado en sus gastos, O'Higgins imponía respeto a sus subalternos y, con su habitual cortesía, supo atraerse la estimación de las personas que lo rodeaban, así como la aprobación de sus superiores. A las cualidades de celo, rectitud, inteligencia, buen sentido y actividad que los estudiosos atribuyen a O'Higgins, se suma el cabal conocimiento que había alcanzado de Chile y sus negocios durante sus sucesivas destinaciones en el territorio. De allí que las perspectivas que des-

³ Sobre la vida y obras de Ambrosio O'Higgins, esenciales resultan el texto de Ricardo Donoso, *El marqués de Osorno don Ambrosio Higgins. 1720-1801* (Santiago, Publicaciones de la Universidad de Chile, 1941) y el de Diego Barros Arana, *Historia jeneral de Chile*, tomo séptimo (Santiago, Rafael Jover Editor, 1886). Esas obras, junto a los fondos Real Audiencia, Capitanía General y Papeles Varios del Archivo Nacional, han sido las que hemos utilizado para informarnos y reconstruir las actividades del gobernador colonial.

pertaba su administración al momento de asumir el poder no podían ser más promisorias⁴.

Ambrosio O'Higgins asumió su nuevo cargo en mayo de 1788 y no pasó mucho tiempo antes que comenzara a notarse la laboriosidad que lo caracterizaba. Junto con preparar un bando de buen gobierno, promovió una serie de providencias destinadas a mejorar las condiciones de vida de la población, algunas de las cuales significarían la materialización de importantes obras públicas, como lo fueron los tajamares construidos para evitar las constantes avenidas del río Mapocho en Santiago⁵. Su actividad e iniciativa se reflejó también en la preparación de una visita general a todo el territorio bajo su jurisdicción; ella comenzaría por los partidos del norte que, después de Pedro de Valdivia, no había recorrido ningún gobernador, y acabaría con la de las provincias del sur al año siguiente⁶.

Tanto en sus comunicaciones a la Corona como a los funcionarios bajo su dependencia, Ambrosio O'Higgins precisó claramente las razones que justificaban el viaje, el itinerario que se había fijado, así como los propósitos y proyecciones del mismo⁷. Reclamando que "en más de dos siglos que ha estamos en posesión de este Reino, mis antecesores han tenido por objeto principal y casi único de sus cuidados la terrible Frontera de Indios Bárbaros que existen al sur del río Biobío", y precisando que a causa de su larga residencia de cerca de 20 años en aquel destino se ha puesto en estado de no tener que reconocer ni temer de dichos territorios, ha decidido variar de rumbo y dirigirse a las partes septentrionales del Reino, en un recorrido que lo llevaría en una primera etapa a San Felipe, Petorca, Illapel, La Serena y Coquimbo, para de ahí seguir a Copiapó y en su viaje de regreso pasar por Valparaíso, Quillota y Melipilla⁸.

⁴ Luego de su nombramiento como ingeniero delineador en 1761, y antes de asumir el gobierno de Chile, O'Higgins fue sucesivamente ascendido a capitán graduado de dragones en 1770; capitán efectivo de caballería en 1771; teniente coronel y comandante de caballería en 1773; maestre de campo interino en 1776; coronel de caballería en 1777; comandante general y subinspector de milicias en 1780; brigadier de caballería en 1783 y gobernador intendente de Concepción en 1786. Véase Barros Arana, 1886, 14.

⁵ Una detallada relación de las primeras acciones del gobierno de O'Higgins se encuentra en Donoso, 1941, 160 a 171.

⁶ Véase fondo Capitanía General del Archivo Nacional, vol. 778, fs. 93 a 95. Pedro de Valdivia, conquistador de Chile, fue su primer gobernador entre 1541 y 1553.

⁷ Un antecedente muy importante de la visita de O'Higgins, es la ordenanza de intendentes promulgada por la Corona española. En ella se señaló la necesidad de visitar el territorio de las intendencias, recopilar información y enviarla a la península. Como se verá, el gobernador chileno cumplió a cabalidad con esas instrucciones.

⁸ Comunicación de O'Higgins a la Real Audiencia de 20 de octubre de 1788. En fondo Real Audiencia del Archivo Nacional, vol. 2355, f. 2, en "Expediente formado a consecuencia de un oficio del m.i.S. sobre la visita del Reino".

Esta expedición, sostuvo el gobernador, "parece ser ahora precisa, a fin de procurar el adelantamiento posible del pobre comercio, agricultura y minería; excitar alguna industria entre los habitantes de esos partidos; examinar como se manejan los subdelegados y demás jueces en la administración de justicia, gobierno de sus territorios y demás obligaciones de que están encargados, para remover a los que convenga, y desagraviar a los miserables que por sus improporciones y distancias de los recursos, sufren algunas extorsiones de la prepotencia de los poderosos"⁹. Junto con lo anterior, el gobernador se proponía inspeccionar los cuerpos de milicias, reconocer los puertos de la costa para decidir acerca de lo más apropiado a su seguridad, preparar la formación de mapas topográficos y recabar informaciones sobre el clima, calidad de las tierras, producciones naturales y demás noticias que convenía conocer sobre cada localidad¹⁰.

Como se desprende de los objetivos que O'Higgins se había propuesto, el viaje obedecía a propósitos de buen gobierno y administración, fomento de actividades productivas, seguridad del territorio y estudio de las condiciones particulares de los partidos por visitar.

A este respecto, nada en las comunicaciones que el gobernador dirigió con motivo de su desplazamiento al norte puede hacernos pensar que el viaje tuviera un fin político explícito, como un siglo más tarde lo tendrían los viajes de Balmaceda. Incluso, en las advertencias que se dirigieron a las autoridades de las regiones por visitar, Ambrosio O'Higgins es tajante al señalar que "ninguna prevención ha de hacer Vm. para mi recibimiento, en la firme inteligencia de que no admitiré cosa alguna por pequeña que sea, en que se cause cualquier gasto"¹¹. Sólo recomienda "prevenir una casa de habitación sin adornos ni menajes, para los pocos días que podré detenerme" y, sobre todo, reunir las noticias necesarias para evacuar los asuntos que se plantearían durante su estancia.

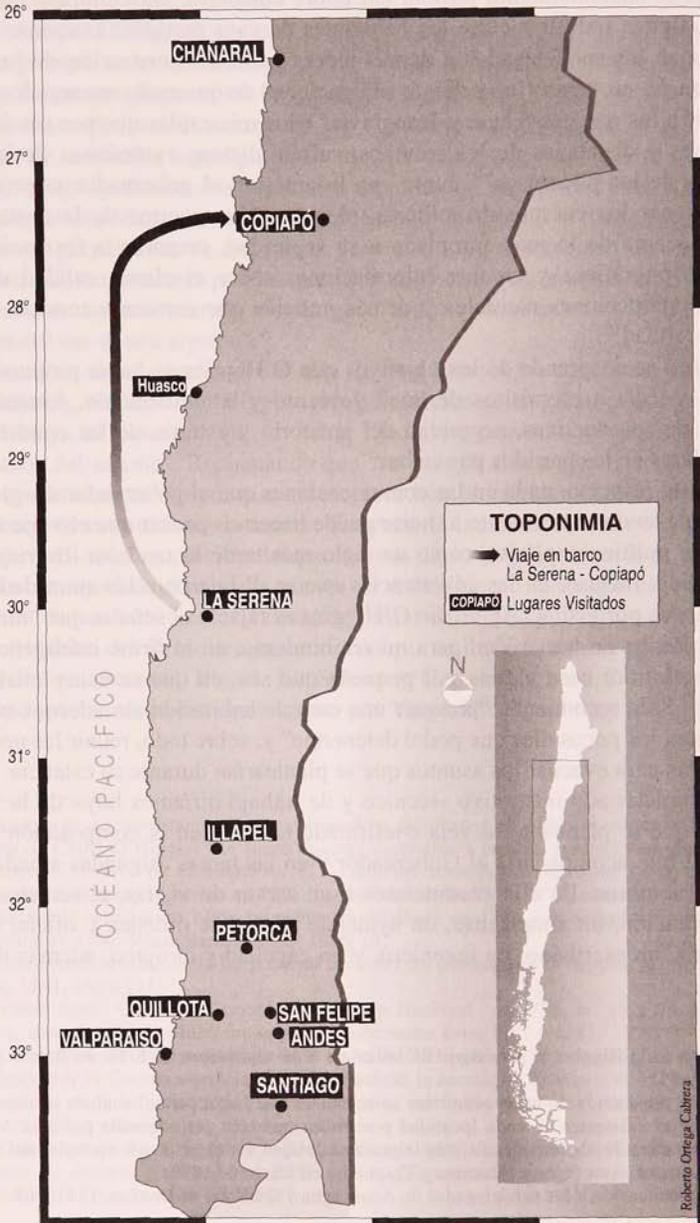
El carácter administrativo -técnico y de trabajo diríamos hoy- de la visita general que se planeaba, se veía confirmado también en la composición de la comitiva que acompañaría al Gobernador y en las tareas asignadas a cada uno de sus miembros. En ella encontramos a un asesor de visitas, el secretario de la gobernación, un amanuense, un ayudante mayor de órdenes y oficial de la secretaría, un escribano, un ingeniero, y un capellán y cirujano, además de los

⁹ Nota de O'Higgins al Ministerio de Indias de 9 de septiembre de 1788, en Barros Arana, 1886, 24 y 25.

¹⁰ Esta prevención de hacer reunir los antecedentes que había para el análisis en terreno de los problemas existentes en cada localidad por visitar, también sería tomada por José Manuel Balmaceda antes de algunos de sus más importantes viajes. Es el caso, por ejemplo, del que lo llevó a Tarapacá, Antofagasta, Atacama y Coquímbo en marzo de 1889.

¹¹ Comunicación a los subdelegados de Aconcagua y Quillota, en Donoso, 1941, 169.

DERROTERO VISITA GENERAL DE 1788



oficiales del piquete de la guardia, 24 soldados dragones y quince sirvientes domésticos. Como se aprecia, una lista de acompañantes breve, restringida a lo estrictamente necesario para realizar el programa trazado¹².

El gobernador O'Higgins y acompañantes iniciaron su excursión en octubre de 1788 y esta, en su primera etapa, discurrió por tierra entre Santiago y La Serena¹³. De acuerdo con el plan de informarse y de atender a las necesidades de los lugares visitados, así como de promover su adelanto, O'Higgins sólo se detuvo cuando había algo que observar y estudiar, o donde creía que debía fundarse un pueblo o introducir alguna mejora. En general, sus acciones se concentraron en ordenar la percepción de los reales derechos, disponer medidas de policía y buen gobierno, visitar establecimientos públicos, observar trabajos agrícolas y mineros, atender a las necesidades del real servicio y despachar los negocios de gobierno que se le consultaban desde Santiago¹⁴.

Promediando el mes de noviembre, O'Higgins arribó a La Serena e inmediatamente, en Coquimbo, se embarcó para el partido de Copiapó. Navegando a la vista de la costa por cerca de ocho días, aprovechó para conocer "que en su árida y desierta extensión de tres grados de latitud N.S. y absoluta escasez de toda humana proporción, se puede, más bien que en los medios ordinarios del arte, fiar la defensa y seguridad de cualquier proyecto de invasión enemiga"¹⁵.

En el partido más septentrional de la gobernación, cuya población no superaba las cinco mil personas, permaneció cerca de un mes, tiempo que aprovechó para atender los reclamos de sus pobladores, reconocer el río Copiapó y regularizar el riego de las haciendas, crear un pósito y un mercado y organizar un gremio de pescadores, además de hacer comparecer a los indios encomendados. Especial preocupación tuvo en informarse del estado de las actividades mineras, la principal actividad económica de la región, y en fomentar la introducción de cultivos que aseguraran la subsistencia de sus habitantes. Por último, se ocupó también en recoger, como afirma, "todas las noticias territoriales acerca de los objetos universales de mi visita y los particulares de aquel país"¹⁶.

¹² En el fondo Real Audiencia del Archivo Nacional, vol. 2355, fs. 3 y 4, se encuentran los nombres y tareas de quienes acompañaron a O'Higgins en su incursión al norte.

¹³ Puesto que no es el propósito de este trabajo informar acerca de cada una de las numerosas alternativas del viaje del Gobernador, sino sólo señalar sus características más sobresalientes, aquellas que nos permitan compararlas con las de los viajes que se llevarían a cabo a lo largo del siglo XIX, nos limitaremos a informar sobre aquellos sucesos significativos para nuestro estudio.

¹⁴ Las fuentes más informativas del viaje de O'Higgins al norte son las comunicaciones dirigidas por el mismo gobernador al Ministerio de Indias. Las principales de ellas han sido publicadas en la (*RChHG*), N° 67, 118-135, octubre-diciembre de 1929, bajo el epígrafe de "La visita de las provincias del norte".

¹⁵ Capitanía General, volumen 778, citado por Donoso, 1941, 176.

¹⁶ Nota de O'Higgins al Ministerio de Indias fechada en La Serena el 24 de enero de 1789. Véase Barros Arana, 1886, 26 a 28 y Donoso, 1941, 176 y 177.

A fines de diciembre emprendió, por tierra, el regreso hacia el sur aprovechando el viaje para visitar el poblado de Chañaral y el asiento minero de Santa Rosa de Huasco, arribando el 15 de enero de 1789 a La Serena. La marcha, como la que había realizado desde Santiago, se había hecho a caballo, en medio de las mayores incomodidades, sin aguada ni posada alguna y sufriendo largas jornadas que, no obstante, no amilanaron al ya sexagenario Gobernador. Después de permanecer cerca de un mes en La Serena, arbitrando las medidas que el conocimiento de los asuntos locales le sugerían, O'Higgins continuó su regreso por la costa, reconociendo el litoral y los puertos intermedios existentes hasta el Valle de Aconcagua.

Finalmente, y luego de una reponedora estancia en Quillota, durante la cual aprovechó para atender a las necesidades de los pueblos, promover la introducción de nuevos cultivos y el progreso de las producciones locales, O'Higgins arribó a Valparaíso, última etapa de su viaje antes de regresar a Santiago. De su visita al puerto resultó, entre otros hechos, la creación de un cabildo en la ciudad, el proyecto de construcción de un camino más cómodo para su comunicación con Santiago y la elaboración de un informe sobre el estado de sus fortificaciones. Después de algo más de seis meses de viaje, el Gobernador regresaba a Santiago el 13 de mayo de 1789¹⁷.

En el transcurso de su expedición, O'Higgins había recorrido detenidamente parte importante del territorio bajo su jurisdicción, informándose con detalle de sus negocios, resolviendo las querellas existentes, procurando medidas de buen gobierno y fomentando las actividades productivas de las diferentes localidades y regiones visitadas. Su viaje, así como los que más adelante lo llevarían a las regiones meridionales de la capitanía general, fue una de las manifestaciones más evidentes de la actividad que desplegó como gobernante, en una época en que Chile vivía los efectos del proceso de expansión económica, social y cultural que años más tarde lo llevarían a constituirse en República.

Si bien sus desplazamientos no tuvieron un propósito político explícito, lo cierto es que los mismos constituyen un valioso antecedente de los viajes gubernamentales del siglo XIX. En efecto, la concepción en torno a la necesidad del buen gobierno y administración que lo motivan mantendrá su vigencia, como ya veremos, todavía en la segunda mitad del siglo XIX, justificando los intentos que entonces se hacen por favorecer los viajes a provincias del Presidente de la República¹⁸.

¹⁷ Para informarse de las actividades del gobernador en Valparaíso, véase su comunicación del 21 de junio de 1789 al Ministerio de Indias. En *RCHG*, N° 67, 132-135.

¹⁸ Al respecto, es preciso recordar que en los albores de la República, en la época de la organización, la Constitución Política del Estado de 1823 estableció la figura del visitador, delegado del Poder Ejecutivo. En efecto, el Art. 58 de la misma señalaba que "cada año visita un

La permanencia de la concepción del viaje gubernamental como un hecho fundamentalmente administrativo, cuyos orígenes se encuentran en la visita general de Ambrosio O'Higgins, representa la vigencia de una concepción sobre el poder y la situación del ejecutivo nacional que nos motiva a investigar qué hechos y procesos de la evolución decimonónica nacional determinaron el cambio hacia una concepción del viaje presidencial como una práctica eminentemente política, reflejo, a su vez, de una transformación en las formas de ejercer el poder por parte de las autoridades.

En efecto, en una sociedad como la colonial en que las prácticas políticas estaban restringidas y la autoridad emanaba de la voluntad imperial, situación que obviamente no implica la inexistencia de actividades políticas, el gobernador no requirió de los viajes para cautivar a, por lo demás, inexistentes ciudadanos, o acrecentar una popularidad mermada por otros actores políticos. De ahí que en sus viajes O'Higgins fuera muy riguroso en lo tocante a las ceremonias y gastos derivados de sus visitas y que en los mismos sus actividades se limitaran a las estrictamente necesarias para garantizar la buena marcha del gobierno y el mejor decidir en materias de orden administrativo.

Es la propia realidad colonial la que, justificando el viaje desde el punto de vista de la administración, no hace necesario convertir el desplazamiento en un hecho de alcances políticos, aunque éstos efectivamente se produjeran, en el caso de Ambrosio O'Higgins, en lo tocante a hacer conocida su figura en un medio que no se había beneficiado con su actividad debido a que todas sus destinaciones anteriores habían tenido como ámbito de acción la zona centro sur de la gobernación.

Senador algunas de las provincias del Estado, de modo que cada tres años, queda todo él reconocido". Demostrando la permanencia de las concepciones heredadas del gobierno colonial, el legislador republicano pretendía también velar por la marcha administrativa, por el buen funcionamiento de las instituciones y agentes públicos, en definitiva, por el "buen gobierno". Así, creemos se desprende de las obligaciones establecidas para el visitador, quien debía examinar:

1. El mérito y servicio de los ciudadanos.
2. La moralidad y civismo de las costumbres.
3. La observancia de las leyes.
4. El desempeño de los funcionarios.
5. La educación e instrucción pública.
6. La administración de justicia.
7. La inversión de caudales fiscales y municipales.
8. La instrucción de las milicias.
9. La política de comodidad, socorro y beneficencia.
10. La moralidad religiosa.
11. Todos los demás objetos que crea de su instituto". Véase texto citado en la obra de Luis Valencia Avaria, *Anales de la república*, Santiago, Andrés Bello, 2ª edición, 1986, 124-125.

Por otra parte, y al igual como ocurriría en el siglo XIX, fue el dinamismo económico y social lo que justificó la presencia del gobernante en la provincia. En el caso de O'Higgins, como en el viaje de Balmaceda de marzo de 1889, fueron los negocios derivados de la actividad minera los que hicieron necesaria la visita gubernamental. Con esta apreciación, queremos destacar que con una diferencia temporal de un siglo, dos gobernantes chilenos se aventuraron a recorrer Chile, obligados por una situación económica favorable que requirió de su presencia a fin de resolver en el terreno los problemas derivados de la expansión de las producciones locales.

Identificar y hacer comprensibles los factores que incidieron en las motivaciones esencialmente políticas de las giras gubernamentales del último tercio del siglo XIX, así como explicar la supervivencia de aquellas concepciones ligadas a la idea de buen gobierno y administración, es el objetivo de los próximos apartados de esta investigación. Sólo así llegaremos a comprender, en toda su magnitud, los viajes de José Manuel Balmaceda como una práctica política ligada al proceso de modernización finisecular.

UN FRUSTRADO VIAJE PRESIDENCIAL

Años después de obtenida la independencia y asegurada la organización nacional, el país entró en una etapa de desenvolvimiento social y cultural, progreso material y estabilidad política en la que, por primera vez, comienzan a plantearse ideas encaminadas a la realización de viajes presidenciales a provincias. Las mismas, algunas materializadas, constituyen los antecedentes republicanos de los viajes de Balmaceda.

La primera expresión de una iniciativa encaminada a la realización de una expedición presidencial hacia las provincias es la que se produce en agosto de 1843, cuando el entonces Presidente de la República, general Manuel Bulnes, envió al Congreso Nacional un mensaje, acompañado de un proyecto de ley, justificando y solicitando recursos para realizarla¹⁹. En efecto, en el oficio que el gobernante pasó a la Cámara de Diputados a través de su Ministro del Interior y con el dictamen del Consejo de Estado, se solicitaba permiso para gastar hasta \$ 16.000 en un viaje de estudio que el Presidente y sus ministros se proponían hacer al sur de la República²⁰.

¹⁹ Diego Barros Arana, en su texto *Un decenio de la historia de Chile (1841-1851)*, publicado en dos volúmenes entre 1905 y 1906 y más tarde reeditados como los tomos XIV y XV de sus obras completas, proporciona abundante información sobre el Presidente Bulnes y su laboriosa administración.

²⁰ El texto a que hacemos alusión fue dirigido al Congreso Nacional el día 3 de agosto de 1843 por el Presidente Bulnes y su ministro R. L. Irarrázaval. Se encuentra reproducido, entre otras fuentes, en la obra *Sesiones de los cuerpos legislativos*, tomo XXXII, 290 y en el *Araucano* del 4 de agosto de 1843.

Diversas consideraciones justificaban, según Bulnes, la visita que proponía. En primer término, el convencimiento del gobierno “de lo ineficaces e inaplicables que son las teorías de buena administración y de lo poco que valen los verdaderos deseos por la prosperidad y progreso de la sociedad, si no existe un conocimiento especial del país y de sus necesidades”. Además, las características propias de una sociedad como la nuestra, argumentaba, “en que las necesidades brotan por momentos y en que el espíritu público se desarrolla con lentitud, necesita indispensablemente de parte de los que rigen sus destinos una inspección directa e inmediata que promueva en tiempo oportuno sus intereses”. Lo anterior sin perjuicio de que, en su concepto, el gobernante requería “un conocimiento exacto de todas las circunstancias locales, de todos sus recursos, de todas sus exigencias”, para realizar mejoras y dar empuje a provincias sumidas en el letargo.

Fundaba también su petición en el hecho “que el gobierno recibe de una manera harto imperfecta las noticias que se le transmiten sobre las exigencias nacionales” y en muchos casos se hallaba en “la triste condición de no poder satisfacer las peticiones que se le dirigen de las provincias, por falta de antecedentes que no pueden llegar a su conocimiento si él mismo no se acerca a formarse una idea cabal de lo que ocurre en cada una de ellas, y a tomar datos exactos de sus necesidades, de sus recursos y aun de lo que puede esperarse de sus habitantes”²¹.

Como si los beneficios de su proyecto no fueran suficientes, agregaba el Presidente que el solo anuncio de su viaje por la República iba a ser fecundo en buenos resultados, “porque los encargados de la administración en todos sus pueblos se esmerarán en ejercer sus funciones de un modo que los ponga a cubierto de las justas observaciones a que daría lugar un mal orden de cosas sometidas a la inspección suprema”.

Apoyándose en los antecedentes señalados, el gobierno proponía la realización de una “visita general de todo el Estado” que se iniciaría en la primavera de 1843 por las provincias del sur y que continuaría al siguiente año con un viaje al norte. Su petición la basaba en “la inteligencia que se empleará en estas dos expediciones sólo el tiempo que fuere indispensable” y en que los “gastos que se harán en esta primera están calculados con gran economía”.

²¹ En su mensaje aludía Bulnes a la creación de una oficina encargada del acopio y arreglo de datos estadísticos que, decía, “puedan servir de guía en la deliberación de las providencias administrativas”. Pero, reconocía, “este medio no puede todavía prestar todo el auxilio de que es susceptible, y aun será por algún tiempo una novedad que tropieza a cada paso con mil dificultades que se oponen a su perfección”, de ahí la necesidad de realizar una inspección directa. Véase el mensaje presidencial en las *Sesiones de los cuerpos legislativos*, tomo XXXII, 297.

En el proyecto de ley que se sometía a consideración del Congreso Nacional, junto con autorizarse el gasto, se fijaba el itinerario del viaje del Presidente. El mismo se iniciaría en los departamentos del sur de Santiago y continuaría hacia las provincias de Colchagua, Talca, Maule, Concepción, Valdivia y Chiloé, para luego regresar a Santiago.

Iniciándose el trámite del proyecto del Ejecutivo en la sesión del 4 de agosto de 1843 con la solicitud para que la Comisión de Gobierno de la Cámara de Diputados informase sobre él, por dos o tres semanas se tuvo por seguro el viaje del gobierno y la prensa se refería a él como si este estuviera pronto a realizarse²². Incluso, informa Barros Arana, "se hicieron algunos preparativos, contando con que la partida se verificaría a principios de octubre"²³.

Pese a lo anterior, y las ventajas que se esperaba obtener con la excursión presidencial, hubo quienes se mostraron críticos y la prensa daba cuenta de ellos. Así por ejemplo, *El Mercurio* aludía a ciertos "conciudadanos, que a fuer de liberales y de democráticos, han criticado el viaje de nuestro Presidente, negando los beneficios que pueda traer, y exagerando los gastos que debe causar"²⁴.

Finalmente, la expedición nunca llegó a realizarse puesto que la iniciativa presidencial no fue acogida con entusiasmo por los congresales y este, finalmente, desistió de ella. Explica la indiferencia parlamentaria el espíritu de economía existente entonces entre los miembros del Congreso, el cual sólo cedía ante necesidades urgentes o cuya satisfacción importaba un progreso verdadero²⁵.

Pero no sólo consideraciones de tipo económico explican el fracaso de la proposición gubernativa. Es un hecho que algunos veían el viaje presidencial como algo estéril, absolutamente innecesario y poco práctico desde el momento en que el primer mandatario tenía agentes en provincias que podían mantenerlo informado de la realidad existente en ellas²⁶. La misma prensa, incluso

²² *El Mercurio* de Valparaíso, por ejemplo, en su editorial del día 22 de septiembre de 1843, señalaba que "al acercarse el momento de realizar la visita que el primer magistrado de la República trata de hacer a los pueblos del sur", creía conveniente "mostrar a nuestros lectores los testimonios de estima y de respeto que ha recibido el Presidente de los Estados Unidos en una visita semejante que acaba de hacer a los pueblos del norte de aquel país".

²³ Véase Diego Barros Arana, 1913, 385.

²⁴ *El Mercurio* de Valparaíso, 22 de septiembre de 1843.

²⁵ Barros Arana, 1913, ofrece una acabada relación de la obra material realizada por el gobierno durante el mandato de Bulnes, señalando el costo que las mismas tenían para el país y la resistencia entonces existente a gravar la hacienda pública con gastos que no se consideraran absolutamente indispensables.

²⁶ Recordemos que el conocimiento de los negocios de las provincias fue abordado de diversas maneras por el poder central a lo largo del siglo XIX. Además de los oficios e informes de los intendentes y demás autoridades locales, deben mencionarse informes que, con el carácter de especiales, ocasionalmente se recibían en Santiago. Entre ellos el que sobre la provincia de Colchagua preparó Domingo Santa María, el de Sanfuentes sobre Valdivia y el Informe del Visitador Judicial de la República, debido a la clara inteligencia de Antonio Varas.

aquella que apoyaba la realización del viaje, se refería a él como a un hecho "tal vez plausible", sin mostrar tampoco absoluta seguridad sobre su conveniencia.

Si bien consideraban la iniciativa "como eminentemente republicana" y útil en cuanto significaría desmentir la idea de la "inmovilidad del Presidente en la capital que induce a creer a los otros pueblos que su suerte está olvidada, y que el gobierno sólo se ocupa de favorecer la población que le rodea", reconocían que los bienes que ella traería no serían de "gran monta en cuanto a los abusos administrativos que se corrijan, ni en cuanto a las necesidades de los pueblos que se palpen"²⁷.

Por otra parte, acostumbrados como estaban a considerar sólo a Santiago como la ciudad generadora de hechos políticos, el centro del poder nacional, muchos ciudadanos juzgaban innecesaria la ausencia del titular del Poder Ejecutivo de la capital, por muy buenas razones que se esgrimieran para justificarla. Santiago era el lugar natural del Presidente, allí se encontraban todos quienes contaban para el poder; nadie pensaba, como sí ocurriría muchos años después, que el Presidente necesitara trasladarse a provincias para ejercer, mantener o acrecentar su poder político.

Pero el hecho de que la expedición de Bulnes jamás se materializara, no implica que la misma no tenga importancia en función del tema que nos ocupa. Concebida para alcanzar fines relacionados con la administración y buen gobierno de la República, la propuesta que Bulnes hace en 1843 tiene una gran similitud con la "visita general del reino" que Ambrosio O'Higgins materializó a partir de 1789.

En las dos situaciones, si bien no podemos descartar móviles políticos en sentido estricto, la principal preocupación de sus protagonistas es la de alcanzar un acabado conocimiento de las provincias para realizar un mejor gobierno y administración de ellas en particular y del país en general. A estos fines, en ambos casos también, se suman motivaciones de orden práctico y económico tendientes a lograr un mayor desenvolvimiento material de las regiones visitadas.

Similar es también su propósito de evitar gastos innecesarios con motivo del viaje o que el mismo implique perjuicios económicos para los pueblos visitados o, como Bulnes previene, "para las rentas nacionales". Siendo el objetivo de los desplazamientos el conocimiento del país para su mejor gobierno y no teniendo los viajes ningún propósito declarado de lucimiento político, resultaba innecesario para O'Higgins y Bulnes hacer grandes desembolsos, ni mucho menos, como lo señala el Presidente, "exigir el más pequeño sacrificio

²⁷ *El Mercurio* de Valparaíso, 22 de septiembre de 1843.

de parte de los pueblos ni de los funcionarios públicos"²⁸. La sobriedad y el sentido práctico en función de fines administrativos fueron características sobresalientes en la concepción de estas visitas, ambas ideadas por gobernantes realizadores, de gran iniciativa, y a quienes les correspondió acceder al poder en tiempos marcados por la expansión de la vida nacional.

Se aprecia también en ellas una misma noción acerca del papel del gobierno y de la autoridad en la promoción de las actividades económicas. Si bien en un caso se trata de un gobernador colonial y en el otro de un Presidente de una República soberana, la verdad es que el cambio de sistema político no significó una alteración profunda en las creencias sobre las atribuciones del poder que tienen quienes lo ejercen. De hecho, las concepciones coloniales respecto del papel de la autoridad en la sociedad sobreviven, no sólo en las nociones generales, también en los términos que las autoridades republicanas utilizan. Sólo así se explica que Bulnes proponga la realización de una "visita general de todo el Estado", similar en su significado a la "visita general del reino" que Ambrosio O'Higgins había hecho en 1789. La única diferencia sustantiva entre ambas es que una fue realizada al reino y la otra planeada para realizarse al Estado.

La concepción que sobre las giras presidenciales se advierte en el planteamiento de Bulnes se mantendrá todavía por algún tiempo en la mente de los gobernantes, y estará presente también en la que fue la primera expedición a provincias de un Presidente republicano.

EL PRIMER VIEJA PRESIDENCIAL

Correspondió a la administración de Manuel Montt la materialización de la primera gira presidencial. Las circunstancias y características de la misma constituyen un punto de encuentro entre las visitas gubernamentales hasta entonces realizadas o planeadas y los desplazamientos que se realizarán en la época de Balmaceda.

Montt, al igual que sus predecesores en el poder, había sido elevado a la primera magistratura, sobre todo gracias a la voluntad del mandatario saliente²⁹.

²⁸ Esta concepción evolucionaría con el paso de los años y los cambios ocurridos en el país. Así, en tiempos de José Manuel Balmaceda se abren suscripciones públicas para homenajear al Presidente y los cuerpos municipales contribuyen con importantes sumas para tal efecto.

²⁹ Cuando nos referimos a la "voluntad del mandatario saliente", queremos significar que es sobre todo gracias a la aquiescencia de este que el nuevo Presidente llega al poder. Esto no significa, necesariamente, que el sucesor haya sido del total agrado del predecesor. Así ocurre, por ejemplo, con Montt respecto de Bulnes. Si, finalmente, Bulnes aceptó la candidatura Montt como la candidatura oficial, fue por el peso de circunstancias frente a las cuales debió rendir su voluntad.

En efecto, en el Chile de mediados del siglo XIX el poder presidencial no tenía contrapeso en la vida política nacional y entre sus facultades tácitas estaba la elección de su sucesor, así como la de las personas que ocupaban los cargos de parlamentarios.

Sin embargo, dada las características de la evolución política nacional y de las del propio candidato, su designación como sucesor de Bulnes despertó, en los cada vez más visibles círculos liberales, una gran oposición que se materializó en una revuelta armada una vez consolidada su elección como Presidente de la República en 1851³⁰. Si bien la sublevación del derrotado general José María de la Cruz, candidato de los círculos políticos aglutinados en la sureña ciudad de Concepción, fue rápidamente contenida y con ello asegurado el gobierno del nuevo Presidente, no por ello desapareció el resentimiento de los sureños para con el gobernante que recién asumía.

Como la administración que le precedió en el poder, la de Manuel Montt también se caracterizó por su actividad y por un programa de trabajo vasto y variado que se extendió a todos los ramos del servicio público. En el contexto mencionado, y demostrando lo que un historiador llama la "desusada solicitud" que le merecieron los intereses que la nación le había confiado, al poco tiempo de haber asumido el poder, Montt emprendió un viaje por las provincias sureñas³¹.

Fue la prensa provinciana la que primero informó sobre el suceso que estaba próximo a ocurrir. Como casi siempre ocurría en estas circunstancias, la nota de prensa que daba cuenta del hecho lo mencionaba sólo como una posibilidad. "Parece indudable ya, señalaba, que el Presidente de la República viene a hacer una visita a las provincias del sur: se asegura que a fines de enero o a principios del mes próximo estará en Concepción"³².

³⁰ La elección de Manuel Montt como candidato gubernamental se explica por el deseo de orden existente, luego de que los últimos años de la administración Bulnes se habían visto sacudidos por la aparición de diferentes síntomas que alteraron la vida política nacional. En este contexto, el carácter enérgico de Manuel Montt, se creía, garantizaba la estabilidad y el orden.

³¹ Para informarse de este período, ver la obra de Alberto Edwards, *El gobierno de don Manuel Montt*, Santiago, Nascimento, 1932. Por su parte, Bernardino Bravo Lira compara la que él sólo supone acuciosidad de Montt por conocer el territorio con la que Ambrosio O'Higgins demostró a fines del siglo XVIII. Ambas las atribuye a "la preocupación ilustrada por reunir toda la información posible sobre el país, sus habitantes, su riqueza y sus posibilidades". Véase su obra *El absolutismo ilustrado en hispanoamérica, Chile (1760-1860). De Carlos III a Portales y Montt*, Santiago, Editorial Universitaria, 1994, 353. Como veremos, los viajes de Montt no sólo tuvieron el afán ilustrado del buen gobierno.

³² Ver *El Correo del Sur* de Concepción de 15 de enero de 1853. *El Progreso* de Santiago dio cuenta del viaje a partir del 18 de enero y *El Mercurio* de Valparaíso desde el 28 del mismo mes.

La inseguridad que es posible advertir en la información se explica en el hecho de que entonces los eventos de esta naturaleza no eran programados, y menos ejecutados, con el detalle y grado de certeza que hoy tienen. De hecho, había ocurrido, y volvería a ocurrir más adelante, que expediciones que se daban por seguras, nunca se realizaron o se postergaron por años³³. Corrientemente no existía absoluta claridad sobre la fecha de partida de la comitiva presidencial, “a fines de enero o a principios del mes próximo”; o acerca de la totalidad del trayecto, “pero el itinerario de esa marcha se resolverá en la ciudad de Talca”; sobre el período de estadía en cada población, “en cuya ciudad permanecerá el tiempo que necesite”; y menos de todas las actividades particulares por realizar.

Era esta incertidumbre la que, en ocasiones, llevaba a algunos habitantes de las ciudades que el Presidente pensaba visitar a enviarle peticiones para que viajara. En el caso que estudiamos, fueron los vecinos de Concepción los que acordaron levantar un acta “para manifestar a S.E. los deseos que les animan de ver realizado cuanto antes tan acertado pensamiento”, es decir la expedición gubernamental³⁴.

Al igual que las expediciones e intentos de viajes de sus predecesores, el de Montt fue concebido originalmente con propósitos administrativos y de gobierno interior. En este sentido, el principal objetivo que tuvo la administración fue conocer el país, requisito indispensable para bien obrar sobre él. El mismo Montt así lo afirmó ante el Congreso Nacional cuando aludió a su excursión: “Mientras mejor conozca el país los recursos de cada localidad para promover el bien común y la cooperación que los vecinos de cada pueblo pueden prestar, mejor llenará el Gobierno sus numerosos deberes, mejor desempeñará sus funciones de inteligente y celoso administrador de los intereses públicos. Sin esos conocimientos, agregó, ni es dable apreciar debidamente muchas medidas, ni posible evitar errores o desaciertos, ni ponerse a cubierto de las vacilaciones y dudas que frecuentemente detienen en la adopción de providencias de conveniencia pública”³⁵.

Además, creía el gobierno, cada provincia, cada localidad tiene sus necesidades peculiares que “conviene conocer inmediatamente, ver de cerca, estimar oyendo a los mismos que las experimentan para atenderlas según su importan-

³³ Para el primer caso recordemos la frustrada visita al sur de Manuel Bulnes en 1843.

³⁴ Véase *El Correo del Sur* de 15 de enero de 1853. El acta a que hacemos alusión fue firmada el 6 de enero por aproximadamente cien personas. Una situación similar se vivió cuando, en febrero de 1852, los comerciantes y vecinos de Valparaíso también invitaron al Presidente al puerto. Véase infra 341.

³⁵ “Discurso del Presidente de la República en la apertura del Congreso Nacional de 1853”, Santiago, 1º de junio de 1853. Publicado en el *Suplemento a El Mercurio* de 2 de junio de 1853.

cia y en la esfera que sea posible", situación que no sería dable apreciar "de otro modo que con una visita"³⁶. La prensa también interpretó la gira presidencial en el sentido arriba expuesto y se sintió en el deber de "apuntar a S.E. las necesidades de las provincias que recorra". Fue así como antes y durante la expedición del gobierno, diversos artículos y editoriales abordaron numerosos aspectos relacionados con la situación de las provincias visitadas por la comitiva presidencial, señalando las principales necesidades y urgencias existentes y las probables soluciones que el gobernante debía proporcionar³⁷.

Entre los problemas urgentes que la prensa sugería como objeto de atención del gobierno estaban los relacionados con las obras públicas en general, esto es, caminos, canales, puentes, ferrocarriles y edificios para escuelas y cárceles; los impositivos, como las contribuciones agrícolas, las tarifas y los reglamentos aduaneros; los relativos a los sectores productivos, como el carbón, la pesca y la agricultura; los de origen administrativo, como la corrección de abusos, la correcta impartición de justicia, las divisiones políticas de los territorios y las destinaciones de funcionarios; además de otros vinculados con la colonización, el establecimiento de correos, la Iglesia y el ejercicio del poder local.

Los editorialistas en general y los cronista provinciales, en particular, expresaban las esperanzas que despertaba el viaje presidencial. Para todos, "grandes intereses del país dependen de las medidas políticas, administrativas o industriales que tome el gobierno" durante su expedición y, por tanto, era "justo esperar muchos bienes del viaje del Presidente al sur", como por ejemplo "la realización de grandes obras sobre los ríos, puertos y caminos que la agricultura exige para su completo desarrollo". En general, como resume el editorialista de *El Progreso*, "una medida como la visita del gobierno no puede ser sino de grande beneficio"³⁸.

Pero el viaje no sólo creaba expectativas. Para una sociedad desacostumbrada a la ausencia del titular del Poder Ejecutivo como la santiaguina, la partida de este no dejaba de suscitar temores y críticas. Así por ejemplo,

³⁶ Véase Manuel Montt, "Discurso del Presidente....." y Antonio Varas, "Memoria que el Ministro de Estado en el departamento del Interior presenta al Congreso Nacional", Santiago, 30 de junio de 1853. Publicada en *El Araucano* de 29 de julio de 1853. Conceptos muy similares expresó Montt al regreso de su excursión en el almuerzo que la Municipalidad de Santiago organizó para recibirlo. Véase *El Mercurio*, 12 de abril de 1853.

³⁷ Como ejemplo de lo afirmado, véanse los números de *El Mercurio* de Valparaíso de los días 10 de enero, 4, 7 y 9 de febrero y 21 de marzo de 1853; de *El Progreso* de Santiago de 18 y 25 de enero y 17 de febrero de 1853 y de *El Correo del Sur* de Concepción de los días 15, 27 y 29 de enero y 26 de febrero de 1853.

³⁸ Véase, *El Correo del Sur* de 15 de enero, *El Progreso* de 18 de enero y *El Mercurio* de 7 de febrero de 1853.

El Progreso se hacía eco de los rumores que señalaban que “la ida de S.E. nos costará el cerramiento de nuestra imprenta y tal vez el sacrificio de nuestra tranquilidad”³⁹. Apreensiones probablemente infundadas, que de hecho no se materializaron, pero que son significativas en cuanto muestran la seguridad que la sola presencia del Presidente daba. En otras ocasiones, la inquietud cedía lugar al reproche. El mismo periódico, días después, una vez iniciada la gira presidencial, se refería a la “tranquilidad de la capital”, afirmando que la ciudad “es hoy un campo desierto”, en la cual no había “ni novedades, ni bullas, ni sucesos de grande ni de pequeña importancia”, ni menos “la actividad que corresponde a una capital que encierra más de cien mil habitantes”. No preguntéis por nada en estos días, recomendaba a sus lectores, “porque no habrá quién os responda. Los Tribunales de Justicia cerrados, el Congreso cerrado, el comercio cerrado, los salones cerrados, las oficinas públicas cerradas, y finalmente, desde el Presidente de la República hasta el portero de la casa de gobierno, parecen haberse dado cita en los alrededores de Santiago, en la activa y bulliciosa Valparaíso, o en las hermosas campiñas del Sud”⁴⁰.

Las ilusiones, escrúpulos y recelos que el viaje presidencial despertaba en la sociedad se explican si consideramos que entonces el Presidente de la República no sólo era el ciudadano que administraba el Estado y de quien siempre se esperaban realizaciones, progreso material y moral, era también el jefe supremo de la nación como afirmaba el artículo 81 de la Carta Fundamental, cuya autoridad se extendía a todo cuanto tenía “por objeto la conservación del orden público en el interior y la seguridad exterior de la República, guardando y haciendo guardar la Constitución y las leyes”; además, para la mayor parte de los habitantes del país era la encarnación misma del orden, la estabilidad y la seguridad, la representación de la dominación absoluta e impersonal de la autoridad que todos veneraban⁴¹.

En virtud de todo lo anterior, no es de extrañar que la gira presidencial se viera como un acontecimiento extraordinario y solemne en el que el país depositaba sus esperanzas, una oportunidad para que el Presidente de la República cumpliera el compromiso, afirmaba un editorialista, “del cual depende el afian-

³⁹ Véase la edición del día 31 de enero de 1853.

⁴⁰ *El Progreso*, 5 de febrero de 1853. Días después, el 22 de febrero, el mismo periódico volvía a criticar al gobierno por su ausencia de la capital en momentos, afirmaba, que “una multitud de asuntos hay pendientes de la resolución del gobierno que han quedado paralizados o rezagados ya por efecto de este paseo”. Conceptos parecidos ofrece *El Mercurio* en su edición de 11 de abril de 1853.

⁴¹ Edwards señala estas características de la Presidencia de la República afirmando que Manuel Montt era “la encarnación viviente” de los valores arriba señalados. Véase *La fronda aristocrática*, 75 y 76.

zamiento de su gloria política o la pérdida del prestigio que lo hizo digno de que se confiase a su dirección la suerte y el progreso del país"⁴².

En la expedición a las provincias sureñas, concebida como un viaje de gobierno en virtud del cual este se desplazaba con todo los elementos humanos y materiales necesarios para continuar ejerciendo el poder desde el lugar en que se encontrara, Manuel Montt se hizo acompañar por secretarios de Estado, ministros de las Cortes de Justicia, profesionales destinados al estudio de diversas materias técnicas, funcionarios administrativos y oficiales del Ejército, además de algunos diputados, sin perjuicio de los intendentes y otras autoridades provinciales que se sumaban a la comitiva al paso de la misma⁴³.

Tal y como la prensa lo percibió en su momento, la visita no era "de vano aparato y ostentación", sino que "algo más serio, más digno" del carácter de los chilenos y de su Presidente, de ahí que la "comitiva de Estado", afirmaban, no estuviera organizada "para hacer un simple paseo triunfal por la República". Por el contrario, los variados caracteres y especialidades de sus miembros, continuaba el editorialista, "indican bien la intención que los ha reunido cerca de S.E. y es una garantía al país de que el viaje del Presidente traerá por resultado la reforma administrativa, judicial y política, como asimismo la realización de las grandes obras sobre los ríos, puertos y caminos que la agricultura exige para su completo desarrollo"⁴⁴.

Los fines prácticos que el gobierno perseguía se reflejan también en las instrucciones que este giró a las autoridades provinciales en el sentido de que

⁴² "Visita del Presidente al sur de Chile II". En *El Mercurio* del 7 de febrero de 1853. Una muestra de los sentimientos que el hecho despertó nos entrega el corresponsal en San Fernando cuando afirma: "Aquí tenéis el gran tema de las embelesantes conversaciones del día y de los discursos más o menos entusiastas, eruditos y elocuentes, con que se pintan por acá esta tan deseada visita y los grandiosos fines que le atribuyen; aquí tenéis la gran novedad del país y la fuente de agradables emociones que hemos notado en los ánimos; aquí tenéis, en fin, la esperanza de los pueblos". Véase *El Mercurio* de 28 de enero de 1853.

⁴³ Esta situación del viaje del gobierno, en la cual este sigue resolviendo los asuntos que le incumben desde el lugar en que se encuentra, se dio también cuando Ambrosio O'Higgins se reservó para sí el mando superior de la gobernación durante su visita de 1788. Al respecto, véase en el fondo Real Audiencia del Archivo Nacional, vol. 2355, f. 3, la explicación que O'Higgins dio para mantener el gobierno. La comitiva que acompañó a Montt en su viaje, según *El Correo del Sur* de 10 de febrero de 1853, es la siguiente: Los ministros del Interior, Hacienda y de Justicia, Culto e Instrucción Pública; los edecanes Pedro Silva, Víctor Borgoño y Tristán Valdés; siete oficiales pertenecientes al cuerpo de Asamblea; los oficiales mayores de los departamentos de Hacienda y Justicia y dos escribientes de dichos departamentos; el presidente de la Cámara de Diputados Jerónimo Urmeneta; el presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago, Máximo Mujica; los ingenieros civiles Francisco Velasco y Augusto Charme; el inspector delegado de las fuerzas del sur Antonio Gómez Garfías; el visitador general de escuelas José Bernardo Suárez; el médico Joaquín Aguirre; el capellán Juan de Dios Despot y 140 hombres del regimiento Granaderos a Caballo al mando del Coronel José Toribio Pantoja.

⁴⁴ "Visita del Presidente al sur de Chile", en *El Mercurio* de Valparaíso de 7 de febrero de 1853.

estas tuvieran preparada la documentación pertinente a los problemas que iba a conocer y discutir⁴⁵. Además, algunas intendencias regionales tomaron la iniciativa de recabar de los gobernadores datos sobre las necesidades de sus departamentos. Esto último ocurrió, por ejemplo, en Concepción, en la cual también la prensa se encargó de hacer una campaña en el mismo sentido entre los habitantes de la región⁴⁶. Pero no sólo se dictaron instrucciones relacionadas con los temas por tratar, también con aspectos formales de la visita como los destinados a limitar los gastos y el boato, como sugieren las "circulares a los intendentes y gobernadores para que eviten el aparato de recepción"⁴⁷.

Así, y con las premisas arriba esbozadas como estímulo central, el gobierno emprendió la expedición que habría de alejarlo algo más de dos meses de la capital, acercándolo a una gran cantidad de pueblos situados entre esta y la sureña región de la Araucanía⁴⁸. En efecto, la marcha del Presidente y su comitiva los llevó a las ciudades de Rancagua, Requínoa, Rengo, San Fernando, Curicó, Talca, Constitución, Linares, Loncomilla, Parral, Cauquenes, San Carlos, Los Angeles y Concepción, además de las pequeñas poblaciones situadas entre las primeras como Molina, Santa Juana, Hualqui y Arauco.

⁴⁵ Por ejemplo, la municipalidad de Santa Juana, informa la prensa, "instruida de que S.E. deseaba conocer las necesidades del Departamento, presentó al Gobierno un programa de las más apremiantes", en el cual se solicitaban fondos para la reparación de la parroquia, la construcción de edificios, el establecimiento de una escuela, de un correo semanal con Concepción y la reparación de caminos y cárceles, además de la recomendación de corregir las divisiones administrativas existentes y la de dotar de fondos al cabildo. Véase *El Correo del Sur* de 26 de marzo de 1853.

⁴⁶ En aquella provincia es posible advertir una viva polémica acerca del programa de mejoras que era preciso presentar al gobierno, pues si la prensa centró sus demandas en las vías de comunicación, otros preferían el fomento directo de las actividades productivas y educativas, mientras que terceros hacían un petitorio de orden general que abarcaba multitud de temas. La prensa defendió sus opciones señalando que ella exponía sus prioridades puesto que, afirmaba, "imaginarse que el Presidente viene a operar una transfiguración en nuestros pueblos, es alucinarse demasiado". Véase las ediciones de *El Correo del Sur* de 26 de febrero; 1 y 15 de marzo y 7 de abril de 1853.

⁴⁷ En "Santiago. (Correspondencia de *El Mercurio*)", en *El Mercurio*, 4 de febrero de 1853. Recordemos que igual recomendación realizó O'Higgins al momento de emprender su visita, y que también estaba entre los propósitos de Bulnes cuando solicitó autorización al Congreso Nacional para emprender la visita general del Estado en 1843.

⁴⁸ Un contemporáneo de los hechos que narramos, el sabio polaco Ignacio Domeyko, resumió el sentir de la época respecto del viaje de Montt cuando escribió: "... y en estos días tuve muchos contactos con el Gobierno, ya que el Presidente y los ministros se van mañana al sur para visitar esas provincias y vuelven dentro de varios meses. Quieren ver de cerca las necesidades del país y seguramente distraerse un poco. Mientras tanto la capital se convertirá en provincia y el gobierno será nómada, es decir, donde esté el Presidente allí estará el gobierno". Carta de Domeyko a Wladislav y Valerio, fechada en Santiago el 29 de enero de 1853. En la recopilación de Hernán Godoy y Alfredo Lastra, *Ignacio Domeyko, un testimonio de su tiempo. Memorias y correspondencia*. Santiago, Editorial Universitaria, 1994, 296.

La marcha del Presidente Montt se realizaría en carruajes, hecho que sin embargo no aseguraba gran comodidad a la comitiva debido a la mala condición, cuando no inexistencia, de los caminos del sur y a la falta de puentes para sortear los numerosos ríos que cruzaban la ruta⁴⁹. Pese a lo anterior, y puesto que el viaje tenía como uno de sus propósitos verificar la condición de las rutas existentes, el gobierno se dispuso a partir.

Las expectativas que la visita presidencial ocasionó en los pueblos que entraban en su itinerario fueron reflejadas por la prensa de la época. Así por ejemplo, el corresponsal de Rancagua señalaba que "nada hay más alegre, ni más hermoso para los rancagüinos, que la idea de ver de cerca, de conocer por fin, a aquel por quien hemos ofrecido nuestra vida e intereses; a S.E. el Presidente de la República, quien nos proporciona una verdadera felicidad con su próxima llegada: el entusiasmo, concluía la crónica, reina con este anuncio y nos prometemos un buen porvenir"⁵⁰.

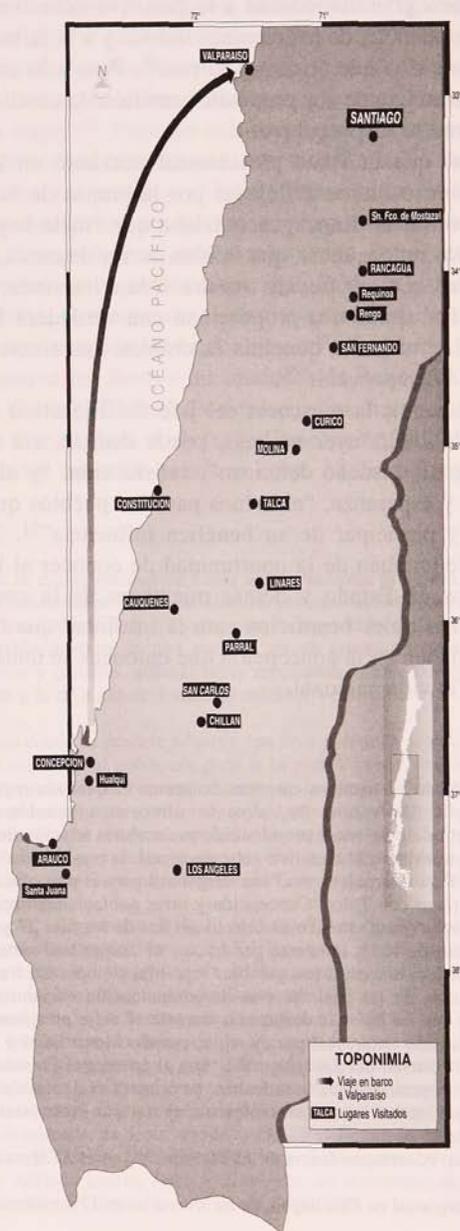
Para los provincianos, la presencia del jefe del Ejecutivo despertaba sentimientos de incredulidad, "ayer no más, puede decirse, era esta visita para muchos una utopía, un ensueño delicioso"; satisfacción, "y al presente es ya palpable realidad"; y esperanza, "al menos para los pueblos que han tenido la dicha de recibirla y participar de su benéfica influencia"⁵¹. Todos los anfitriones no sólo se felicitaban de la oportunidad de conocer al Presidente de la República, ministros de Estado y demás miembros de la comitiva, además, esperaban de ellos múltiples beneficios para la localidad que habitaban. Estas expectativas se fundaban en la concepción que entonces se tenía sobre el Presidente y su papel en la vida nacional.

⁴⁹ La mala condición de los caminos entonces existentes ha quedado registrada en textos de la época. Así por ejemplo, *El Mercurio* de Valparaíso ofrece en su edición del 20 de enero de 1853, once días antes del inicio del viaje presidencial, una acabada relación de las condiciones de los caminos por los que transitaría la comitiva gubernamental, la mayor parte de ellos requeridos de urgente compostura. Para el cronista, era "una vergüenza para el país que un camino de tanto tráfico y que liga a Santiago con Talca, Concepción y otras poblaciones importantes se halle al presente casi intransitable". Véase también *El Correo del Sur* de los días 27 y 29 de enero, 24 de febrero y 3 y 26 de marzo de 1853. Para este periódico, "el clamor uniforme y constante de las provincias del Sur está reducido a estas tres palabras repetidas siempre sin fruto alguno: puentes, caminos, correos". El tema de las pésimas vías de comunicación existentes y de las que era necesario construir, fue uno de los más destacados durante el viaje presidencial y la prensa no perdía oportunidad de hacerlo notar. Así por ejemplo, cuando Montt llegó a Concepción procedente de Los Angeles, *El Correo del Sur* aseguraba "que al apearse el Presidente del coche, después de saludar a todas las personas que le rodeaban, su primera exclamación fue: ¡Qué caminos tan malos!", palabras que "todos los circunstantes tradujeron por estas otras: ¡Decretaré caminos". Véase la edición de 22 de marzo de 1853.

⁵⁰ Véase, "Rancagua. (Correspondencia de *El Mercurio*)", en el *El Mercurio* de 31 de enero de 1853.

⁵¹ Crónica del corresponsal en Colchagua, en *El Mercurio* de 17 de febrero de 1853.

ITINERARIO GIRA PRESIDENCIAL DE 1853



Como expresaba la prensa, “no es la gloria del militar que exalta la imaginación y provoca vivas entusiastas, lo que produce aclamaciones y festejos de las poblaciones al Presidente de la República. No es tampoco el hombre quien arranca esos tributos y homenajes. Es el Jefe del Estado de quien esperan que derrame a su paso por las provincias los bienes y mejoras que tanto necesitan”⁵². En definitiva, era la noción que veía en el gobierno y en el jefe del mismo un dispensador de favores y mercedes lo que excitaba a la opinión. De él se esperaba “su benéfico impulso” para la realización de caminos, puentes, puertos, cárceles, hospitales, escuelas y otras múltiples obras de interés común. Su sola presencia, se pensaba, estimulaba a las poblaciones y las hacía prestar-se “con entusiasmo a secundarlo en su propósito de mejoras”⁵³.

De hecho, la expedición gubernativa provocaba gran conmoción en los pueblos por los que pasaba y la misma se materializaba, en primer lugar, en el aspecto de las ciudades al momento de arribar los viajeros. Multitud de banderas y arcos de flores anunciaban al ilustre visitante y las poblaciones se llenaban de animación, ruido e incluso iluminación. Ese era el ambiente que esperaba a Montt en su viaje por las provincias del sur⁵⁴.

Luego de haber dejado “expeditas las comunicaciones ministeriales que habrá de llevar el vapor”, la caravana presidencial emprendió su viaje a las cuatro de la mañana del domingo 31 de enero de 1853, siendo Rancagua la primera población a la que arribó⁵⁵. Situada, según los cálculos que entonces se hicieron, a 85 kilómetros 932 metros de Santiago, la caravana arribó a la ciudad a las cinco de la tarde del mismo día 31, luego de haberse detenido a la hora de comer en el Mostazal⁵⁶.

⁵² *El Mercurio*, “Visita del Presidente al sur de Chile”, 7 de febrero de 1853.

⁵³ “Visita del Presidente al sud de Chile, III”, *El Mercurio* de 9 de febrero de 1853.

⁵⁴ El contraste era evidente entre “el durante” y “el después” de una visita. Como nos informa un cronista, alejada la comitiva oficial, la ciudad volvía “a su estado normal, o más bien dicho, a su antigua calma y silencio sepulcral”. Véase *El Mercurio* de 17 de febrero de 1853, “Colchagua. Correspondencia de *El Mercurio*”. También *El Mercurio* de 4 de febrero de 1853.

⁵⁵ La costumbre de emprender la marcha de madrugada se justifica si consideramos que así se aprovechaban las horas de menos calor. Años más tarde, las horas de partida se retrasarían gracias a la existencia del ferrocarril.

⁵⁶ Hemos creído oportuno, cuando sea pertinente, entregar las distancias recorridas y los tiempos ocupados por la comitiva presidencial en sus desplazamientos. Creemos que ello permitirá al lector formarse una idea de lo que significaba entonces un viaje y así, además, compararlo con los que se realizarían años más tarde. La reseña sobre las distancias la hemos obtenido del informe que con el título de *Memorial del Ingeniero Velasco sobre las comisiones que se le encargaron en el Sur*, entregó este al Ministro del Interior con fecha 24 de abril de 1853 y que fue anexado a la Memoria que el Ministro Antonio Varas presentó al Congreso Nacional aquel año. Ambos documentos se encuentran reproducidos en *El Araucano* de fechas 29 de julio y 1 de agosto de 1853. El tiempo empleado en los viajes entre ciudades se deduce de las informaciones de prensa.

La llegada de la expedición dio ocasión al Presidente Montt y acompañantes de experimentar lo que en adelante sería una recepción característica en cada una de las poblaciones a las que arribarían. En efecto, la comitiva era recibida por el gobernador o el intendente, los municipales, las autoridades eclesiásticas y militares y el lucido concurso de todos los vecinos más respetables del pueblo y de las haciendas inmediatas, correspondiendo a un batallón cívico y a un escuadrón de caballería realizar los honores pertinentes en el momento en que entraban a la ciudad. Mientras lo anterior ocurría, las campanas de las iglesias y los conventos repicaban en honor de los visitantes y un gentío inmenso y entusiasta, dice la crónica de las sucesivas entradas, llenaba y cruzaba las calles, las cuales siempre se encontraban adornadas con arcos florales y banderas⁵⁷.

Una vez instalado el Presidente en el hospedaje que se le había preparado, el cual permanecía custodiado por una guardia de honor, el ilustre huésped y los integrantes de su séquito se disponían a iniciar los trabajos necesarios para conocer la realidad y las urgencias de la localidad y la región que los recibía⁵⁸. En la mayor parte de las ciudades visitadas la comitiva gubernamental desarrolló un patrón de conducta muy similar, cuyos elementos sobresalientes es necesario conocer, para así comprender las características de la gira oficial.

En Rancagua, por ejemplo, la primera actividad de la comitiva presidencial fue constituirse en la sala del municipio para escuchar del cuerpo municipal las indicaciones sobre las mejoras que era de importancia acordar. Más tarde, y a la misma sala, se hizo concurrir a todos los presos para oír sus reclamaciones y proceder a indultar a siete de ellos⁵⁹. En seguida pasó Montt a visitar la cárcel, las escuelas, el hospital y otros establecimientos públicos, mientras algunos de sus subalternos se ocupaban de las diversas comisiones que traían desde San-

⁵⁷ Véanse las ediciones de *El Mercurio de Valparaíso* de los días 16 y 17 de febrero de 1853, en que se describen las entradas en Rancagua, Rengo y San Fernando, y la de *El Correo del Sur* de 22 de marzo, que relata el arribo a Concepción. En Rengo se informa que además de los elementos descritos, "como 500 personas a caballo salieron al encuentro y todas las señoras se lanzaban desde las puertas de sus casas sobre el coche con grandes bandejas de flores". No por nada, opina el cronista, "por mucho que sea el entusiasmo de los demás pueblos, no es posible que sobrepuje particularmente al manifestado por las bellas y simpáticas ranguinas".

⁵⁸ Durante esta gira el Presidente y comitiva se alojaron en casas particulares dispuestas para la ocasión. En Concepción, sin embargo, se resolvió que los huéspedes se instalaran en piezas preparadas en el Instituto Literario o Liceo de la ciudad. En definitiva, se trataba de no hacer gastos que se podían evitar. Recordemos que algo similar hizo O'Higgins en su visita general de 1789.

⁵⁹ *El Mercurio*, 16 de febrero de 1853. Recordemos que una de las facultades que la Constitución otorgaba al Presidente era la de indultar con acuerdo del Consejo de Estado. Al respecto, véase la Constitución de la República Chilena. Jurada y promulgada el 25 de mayo de 1833, art. 82, N° 15, en Luis Valencia Avaria, *Anales de la República*, Santiago, 1951.

tiago y que debían cumplir en cada una de las ciudades visitadas. El inspector, atender las reclamaciones de los individuos y los cuerpos y examinar y dar reglas fijas sobre el orden y gobierno interior de ellos; el jefe de ingenieros, reconocer los edificios públicos y levantar los planos correspondientes; el director de escuelas, visitar los establecimientos de educación y repartir en ellos los formularios y obras adecuadas al efecto y, por último, los médicos, reconocer todos los enfermos que lo solicitaran⁶⁰.

De los trabajos que la comitiva presidencial realizaba, los estudios que emprendía, las negociaciones que llevaba a cabo, las necesidades urgentes que detectaba y las peticiones a las que accedía, surgían una multitud de decretos en virtud de los cuales se liberaban fondos para obras públicas, se fundaban escuelas y hospitales, se disponía la construcción de cárceles, se creaban comisiones de estudio, se establecía un tribunal o se nombraba un juez, se ordenaba la construcción o reparación de una iglesia, camino, canal, puente, muelle o dique, se disponía la destinación de funcionarios públicos, se acogía una petición o se dictaban medidas de orden administrativo y de buen gobierno⁶¹.

Puesto que la gira tenía además el carácter de viaje gubernamental, el Presidente y sus Ministros debían ocuparse de los asuntos relacionados con la marcha general del país, de ahí que, en medio de las atenciones que les merecían los problemas y asuntos locales, dedicaran diariamente una parte de su tiempo a despachar asuntos de orden nacional, como consta en los decretos que entonces se dictaron. Al respecto, el hecho de que en esa época el Congreso Nacional estuviera en medio de su receso constitucional y fuera época de vacaciones estivales en Santiago, facilitó la realización de la larga expedición gubernamental, aunque no la eximió de algunas críticas por la inactividad gubernamental que se observaba en la capital.

Las tareas que describimos se desarrollaban, salvo excepciones derivadas de las condiciones propias de cada localidad, en la mayor parte de las ciudades a las que la comitiva oficial llegaba. En ocasiones, sin embargo, la rutina se veía alterada por la participación del Presidente, miembros de su comitiva, las autoridades locales y vecinos, en ceremonias especiales o visitas particulares⁶².

⁶⁰ *El Mercurio*, 16 de febrero de 1853. Uno de los objetivos particulares del viaje presidencial fue la educación popular. Con ese fin, nos informan antes de que este se iniciara, "conducen a todas las provincias visitadas una inmensa cantidad de libros destinados a la instrucción primaria y que serán distribuidos profusamente en todos los establecimientos de educación". Ver *El Mercurio*, 31 de enero de 1853.

⁶¹ El diario oficial de la República, *El Araucano*, publicó cada uno de los decretos firmados por el Presidente y Ministros durante su excursión al sur. En ellos se encuentra materializada gran parte de la actividad gubernamental generada durante la visita. Periódicos como *El Mercurio* de Valparaíso y *El Correo del Sur* también reprodujeron los decretos gubernamentales.

⁶² Así por ejemplo, estando en Rancagua la comitiva se trasladó a las orillas del río Cachapoal para solemnizar la ceremonia de colocación de la primera piedra del puente que se

La permanencia de la comitiva presidencial en las distintas localidades no se prolongaba, como promedio, más de tres o cuatro días. Durante ellos, y junto a los trabajos de carácter administrativo, los ilustres huéspedes disfrutaban de los homenajes y fiestas organizados con motivo de su visita. Bailes y banquetes de suscripción, paradas militares, fuegos artificiales en la plaza, la elevación de algún globo, como ocurrió en San Fernando, fueron la forma más corriente de festejar la visita de S.E.⁶³. En cada uno de estos actos se informó: "la concurrencia fue numerosísima y brillante", incluso, en algunos reinó algo de "la magnificencia deslumbradora que se ostenta en los salones de Santiago y Valparaíso en estos casos", además del "orden y buen humor"⁶⁴.

De todo lo anterior, así como de los trabajos y promesas que el gobierno había realizado, se informaba y opinaba con amplitud, evaluándose así los resultados de la expedición gubernamental. Para la mayor parte de la prensa, la aproximación presidencial a las diferentes provincias había tenido como primer efecto la discusión de programas de adelanto para estas localidades y el despertar el espíritu público y emprendedor de los pueblos, hecho naturalmente positivo. Además, había significado una extraordinaria actividad administrativa materializada en decretos relativos a los asuntos particulares de cada provincia, como creación de nuevas escuelas, compostura de caminos y auxilios y la construcción de edificios públicos⁶⁵.

Sin embargo, puestos a analizar los resultados concretos de la expedición gubernamental, los articulistas no eran tan optimistas. La prensa vio con escepticismo las mejoras que el viaje había legado, en virtud de que todas ellas implicaban gastos imposibles de financiar con las rentas ordinarias⁶⁶. Algunos opinaban que en la excursión la administración había obrado "poseído por deseos de niño, que todo lo emprende y todo lo abandona", y que "los doscientos decretos despachados durante la visita del Presidente formarán, no lo duda-

construiría sobre aquel río; en Los Angeles se dio tiempo para recorrer la Frontera y arreglar la nueva provincia de Arauco, y en Concepción, el Presidente cruzó el Biobío y visitó las minas de carbón y el pueblo de Arauco. Véanse el "Acta levantada en el momento de colocar la primera piedra del puente Cachapoal", en el *Diario* de Valparaíso de 7 febrero de 1853; *El Mercurio* de 26 de febrero de 1853 y *El Correo del Sur* de 17 y 22 de marzo de 1853.

⁶³ Los cronistas llaman la atención respecto a que el Presidente, "a pesar de su carácter serio y de su gusto por el retiro", en algunos festejos, como el de Talca, permaneció en el baile hasta la venida del alba". Véase *El Mercurio*, 21 de febrero de 1853.

⁶⁴ *El Mercurio*, 17 de febrero de 1853.

⁶⁵ Véase *El Correo del Sur* de 24 de febrero y 22 de marzo; *El Progreso* de 4 de marzo y *El Mercurio* de 22 de marzo, todos de 1853.

⁶⁶ *El Mercurio* calculaba en "8 o 9 millones de pesos las cantidades decretadas o proyectadas en el solo ramo de puentes", y que sólo en Chillán se decretaron gastos por 88.788 pesos. Por eso afirmaba que "si dejamos de lado las ilusiones y tratamos de buscar los grados de realización de estos proyectos, sacamos que sólo son decretos, nada más que decretos". Véase edición del 11 de abril de 1853.

mos, terminaba el articulista, un hermoso libro de *impresiones de viaje* por las pintorescas provincias del Sud⁶⁷.

¿Cómo explicar la prodigalidad de una administración pobre en recursos? ¿Cómo justificar el comportamiento de un gobierno que sabe que las rentas del Estado apenas bastan a los gastos ordinarios?

Según algunos, este se había dejado llevar “por el entusiasmo y por las aclamaciones de los pueblos”, olvidándolo todo, olvidándose a sí mismo, para prometer lo que nunca ha de llegar a convertir en hechos⁶⁸. ¿Acaso es posible sostener que las promesas del Presidente tenían el propósito de ganarse la opinión?

Otros, antes de abordar el problema de los resultados de la gira, se preguntaban por el verdadero carácter de la visita presidencial, para así llegar a su evaluación. De hecho, el tema había sido objeto de diversos comentarios, desde el momento en que algunos “la atribuyen –como informa *El Progreso*– a objetos políticos”, aunque el propio diario no compartía lo que llamó “comentarios antojadizos”⁶⁹.

Sin embargo, lo que originalmente sólo fue visto como una “medida administrativa”, comenzó a adquirir carácter político durante su desarrollo. Por lo pronto, la prensa empezó a plantear la necesidad de que el Presidente abordara el tema del “ejercicio del poder local de las provincias” durante su paseo al sur⁷⁰. Más adelante llamó al gobierno a sacar todo el partido posible de la visita, “no sólo en favor de la propia popularidad”, y comenzó a criticar las invitaciones de los gobernadores y los festejos con que los pueblos querían captar la voluntad del gobierno⁷¹. Se refirió, por ejemplo, a los diez arcos que esperaban a Montt en Rengo, y a la intencionalidad política que los vecinos le habían dado a los mismos al concebir uno por cada año de la administración, pensando así en la reelección del Presidente⁷².

La tendencia señalada se acentuó cuando, al promediar la gira presidencial, la prensa comenzó a relacionar esta con la conveniencia de reformas de orden

⁶⁷ Véase *El Mercurio* de 23 de marzo de 1853.

⁶⁸ “Actos de la Administración”, en *El Mercurio* de 11 de abril de 1853.

⁶⁹ “Visita del Presidente a las provincias del Sud”, en la edición del 18 de enero de 1853.

⁷⁰ Véase “Las provincias”, en *El Progreso* de 17 de febrero de 1853. En el texto se abogaba por un poder local independiente del poder central, por unas municipalidades convertidas en focos de progreso, de ahí su aspiración a que “el paseo del Gobierno diese siquiera por resultado la convicción de que la reforma de la organización municipal es en gran manera conveniente para el adelanto nacional”. Ver también el editorial “El poder local” en la edición del 26 de enero de 1856.

⁷¹ En *El Progreso* de 22 de febrero de 1853.

⁷² Véase *El Mercurio* de 16 de febrero y *El Progreso* de 2 de marzo de 1853. Al momento de la gira al sur, Montt llevaba 17 meses de los cinco años de su período y, según el artículo 61 de la Constitución, podía reelegirse por otros cinco al terminar su primer mandato.

político que flexibilizaran el autoritarismo existente y la suerte de los derrotados en 1851. Puesto que entonces el país vivía en medio del estado de sitio y el gobierno disponía de las facultades extraordinarias que había solicitado al Congreso Nacional para mantener el orden público, *El Progreso* pedía el fin de ambas situaciones excepcionales, esperando, afirmaba, "que vuelva a dominar el sistema de las garantías individuales y que el estado de sitio deje de justificar la arbitrariedad"⁷³.

A su vez, *El Correo del Sur*, de Concepción, interpretaba la gira "como la sanción del olvido de las disensiones de partido después de los pasados sucesos políticos", y si bien reconocía las mejoras materiales que la gira había promovido, señalaba que lo que al pueblo más le interesaba de la visita presidencial era "su seguridad personal, su tranquilidad y las garantías que necesita un ciudadano para entregarse a sus labores ordinarias". Pedía entonces un nuevo paso del gobierno para "concluir de una vez por todas los últimos vestigios de las disensiones políticas", es decir, la cesación de las facultades extraordinarias, de las ejecuciones fiscales y la amnistía general; "he aquí —terminaba— lo que todo el país espera como el mayor de los bienes que puede producir la visita del Presidente"⁷⁴.

Otros medios vieron en la excursión "a las provincias en que principalmente se suscitó y mantuvo la guerra civil", un hecho de gran "significado político", desde el momento que el Presidente pudo apreciar las manifestaciones de adhesión y el ardor con que estas se contraen a promover los intereses que importan su prosperidad. De esta forma, añade el editorialista de *El Mercurio*, "cualesquiera que hayan sido las miras del gobierno al emprender su excursión por el Sur, juzgamos que envuelve un carácter político que se revela por los resultados y por los antecedentes"⁷⁵.

El carácter que la prensa dio a la visita gubernamental fue confirmado, aunque más indirectamente, por las propias autoridades que participaron como protagonistas en ella. La gira buscaba también, afirmó el Presidente Montt, "el apoyo de convicción y de corazón de todos los ciudadanos" a los esfuerzos del

⁷³ "Esperanzas y temores", en la edición de 2 de marzo de 1853.

⁷⁴ *El Correo del Sur* de 29 de marzo de 1853. Debemos tener presente que no era la primera vez que se aprovechaba un viaje de Montt para hacer esta petición a la administración. En 1852, con motivo de la primera visita de Manuel Montt a Valparaíso, *El Mercurio* planteó la necesidad de "entrar de frente en la vía de las mejoras, en la de la tolerancia, en la de la reconciliación de los partidos", llevando su franqueza hasta pedir "justicia para todos; olvido de lo pasado; amnistía para los errores y extravíos políticos". Por último, se preguntaba: "¿Se alejará de Valparaíso S.E. sin dejarnos abierto el corazón a la esperanza de que esas súplicas de la opinión hayan encontrado un eco en su alma generosa y patriótica?". Véase, el editorial "Las esperanzas públicas" en la edición de 11 de marzo de 1852.

⁷⁵ Edición del 18 de marzo de 1853.

gobierno por la prosperidad y adelantamiento del país. Se trataba de que los pueblos sintieran de cerca el celo que animaba a la administración en favor de la conveniencia pública, pues es útil, como afirmó el Ministro Varas, "que cada localidad vea la solicitud del Gobierno por sus adelantos, por atender a sus necesidades"⁷⁶.

Pero si lo señalado era conveniente en cualquier época, lo era más en ese momento en que, como Varas señalaba, "no ha mucho se ha mostrado un funesto empeño de suscitar prevenciones contra la autoridad, de revestirla de un carácter odioso, i de ofrecerla al país no como es, sino como un mal espíritu lo aconseja". Eran justamente esos errores los que, vulgarizados, privaban a la autoridad de la cooperación general que la promoción del bien nacional requería, de ahí el deseo de contrarrestarlos. Si como Varas creía, "la autoridad se presenta ordinariamente a los ciudadanos bajo el aspecto de superioridad", como la que manda y tiene derecho a ser obedecida, al verla estos directamente comprometida en actos "encaminados al bien común, se le presenta bajo un aspecto que más interés inspira"⁷⁷.

Por último, el mismo Manuel Montt afirmó ante el Congreso Nacional: "No vacilo en aseguraros que ha tenido —la gira al sur— una eficaz influencia en la consolidación del orden interior", señalando a los congresales, "me complace en poner a vuestra disposición las facultades con que me investisteis. El poder ordinario del gobierno es suficiente ahora para la marcha regular y tranquila del Estado"⁷⁸.

Si bien no contamos con antecedentes que confirmen la presunción de que la prodigalidad del gobierno buscaba atraerse el apoyo de las poblaciones sureñas, lo cierto es que la dimensión política de su excursión es manifiesta y se ve confirmada también por el itinerario elegido por la comitiva presidencial. En efecto, creemos que las múltiples razones de orden económico y administrativo esgrimidas para aventurarse hacia el sur eran igualmente válidas para organizar una expedición que se dirigiera al norte del territorio. Así lo hacía ver por ejemplo la prensa cuando, al analizar el viaje presidencial a las provincias meridionales, llamaba la atención del gobierno sobre el abandono en que se encontraban las provincias septentrionales, las cuales, afirmaba, "no reciben otro *huésped supremo* que las leyes que imponen el 4% y más tarde el 5% a la exportación de los metales, sus solas producciones"⁷⁹. ¿Por qué entonces se eligió marchar hacia el sur?

⁷⁶ Montt, "Discurso que el Presidente....", y Varas, "Memoria que el Ministro....".

⁷⁷ Varas, "Memoria que el Ministro....".

⁷⁸ "Discurso del Presidente".

⁷⁹ Véase el editorial "Las provincias del norte", de *El Mercurio* del 1 de junio de 1853.

Creemos que a las razones prácticas, por ejemplo que entre Santiago y Concepción se concentraba la mayor parte de la población nacional y se localizaba un número significativo de los centros urbanos existentes en el país y, por el contrario, un viaje al norte implicaba acceder a unos pocos poblados alejados entre sí, de escasa población y en medio de regiones áridas y poco acogedoras para la expedición gubernamental —como por lo demás lo había experimentado en 1789 el gobernador Ambrosio O'Higgins—, deben sumarse consideraciones de orden político. Entre ellas las derivadas de la sublevación sufrida por el gobierno recién llegado al poder y los propósitos de este de congraciarse con una significativa porción de la población nacional que no veía con buenos ojos la elevación de Montt al poder⁸⁰. Lo anterior, sin perjuicio de que los hombres de gobierno deben haber evaluado como difícil de contrarrestar el espíritu avanzado, liberal y antiautoritario de los norteños y, en cambio, deben haber apreciado el carácter rural, tradicional y menos politizado de la población sureña como más fácil de ganar en favor de la autoridad⁸¹. Esta interpretación se ve confirmada por el editorial de *El Mercurio*, "La política actual", de 18 marzo de 1853.

En dicho artículo se hace un balance de los dieciocho meses de gobierno, afirmando que en ese tiempo "el Presidente ha conocido que los mejores medios de gobierno son los moderados, y que el mayor y más legítimo apoyo de la autoridad es la opinión". Sostiene que puesto que en países poco adelantados en política y práctica republicana como Chile, donde la influencia de la sociedad es representada por las corporaciones y clases poderosas, el gobierno se había empeñado en conquistar tales afectos ofendiendo a la opinión, siempre contraria a las clases poderosas, debiendo, además, pagar por esa cooperación interesada. Agrega que como el gobierno postergó hasta hacer imposible las medidas de reconciliación nacional, había caído en una posición vacilante que no contentó a la justicia ni a la opinión, pues carecía del apoyo nacional, el único capaz de asegurar la independencia de sus actos de las influencias interesadas, contrarias a las medidas de utilidad para el país.

En esta situación, afirmaba *El Mercurio*, el hábil político que era Montt concibió que, no siendo tiempo de conquistar a los grupos liberales disidentes, ni siendo fácil la emancipación del gobierno de la influencia de los círculos,

⁸⁰ Recordemos, además, que en el norte el levantamiento de 1851 fue poco significativo.

⁸¹ A propósito de lo expuesto, no está de más señalar que hacia finales de la administración Montt, en 1859, los mineros norteños de Copiapó y La Serena volvieron a levantarse en contra del gobierno, esta vez sin la complicidad de las ciudades sureñas. Por el contrario, según Francisco A. Encina, la aristocracia provinciana sureña "llenó el vacío que dejaron los ultramontanos y los futuros radicales al alejarse, y en la crisis de 1859 lo apoyó con gran decisión". Encina, *Historia de Chile, desde la prehistoria hasta 1891*, tomo XIII, 177.

“el único medio de salvar la situación era el de acercarse al pueblo, de hacerle palpar su mérito y ascendiente, para evitar la interposición de los partidos contrarios que lo representan o de las corporaciones y círculos que influyen sobre él”. Para el editorialista, los resultados producidos por la gira presidencial habían probado la certeza de estas apreciaciones políticas, pues “las provincias más prevenidas contra el gobierno, han depuesto para siempre su actitud recelosa ante la presencia del Jefe del Estado y los bienes consiguientes a su viaje”⁸².

Si bien el propósito declarado del viaje había sido el de imponerse personalmente el gobierno de las necesidades de las provincias, y así satisfacerlas en la medida de lo posible, lo cierto es que el mismo tuvo también motivaciones políticas derivadas de las circunstancias en que Montt llegó a la Presidencia. En efecto, y tal como la prensa lo percibió, el viaje le conquistó a Montt no pocas adhesiones en las ciudades del sur, contribuyendo a reconciliarlo con una opinión pública quejosa del olvido en que hasta entonces vivía⁸³.

De esta interpretación se deducía que después del viaje al sur el gobierno se encontraba en una nueva y favorable situación para obrar con confianza todo lo que exigía el país y favorecer su propio ascendiente. “El gobierno no necesita ya, se afirmaba, del auxilio y adhesión de los círculos exaltados —aquellos que se oponían a una política menos autoritaria—, apoyado como se halla en la opinión de los pueblos”. Por último, terminaba el articulista más arriba citado, que en la gloria y el poder del gobierno estaba realizar las medidas retardadas por temores, es decir, una amnistía general y la cesación de las facultades extraordinarias⁸⁴.

Lo dicho debe ser valorizado en el contexto de los fines que el poder esperaba alcanzar con sus desplazamientos a provincias. En este sentido, el viaje de Montt al sur contiene un claro propósito político, lo cual, sostenemos, diferencia su experiencia de las habidas hasta entonces, a la vez que lo acercan, en cuanto hecho político, a los que Balmaceda realizaría en la década de 1880. Sin embargo, no significa que el viaje de Montt no tuviera todavía una evidente intencionalidad administrativa y práctica asociada a la realización del buen gobierno.

⁸² Francisco A. Encina también evalúa desde este ángulo el viaje de Montt. “En cuanto a los resultados políticos de esta gira, afirma, excedieron con mucho a las esperanzas que se cifraban en ella. El trato sencillo y afable del Presidente, que le permitía colocarse sin esfuerzos al nivel de su interlocutor y realzarlo, sin halagos ni detrimentos del prestigio del cargo, y la especie de irradiación magnética que fluía del fondo de su personalidad, le conquistaron la adhesión del grueso de la aristocracia provinciana”. En Encina, tomo XIII, 177.

⁸³ Edwards, 1932, 128, llama también la atención sobre este aspecto del viaje de Montt.

⁸⁴ “La política actual”, en *El Mercurio* de 18 marzo de 1853.

Lo significativo de esta constatación está referido al hecho de que si identificamos manifiestas motivaciones políticas en el viaje presidencial, es porque ha habido una transformación en la forma en que el gobernante y lo que este representa, el poder, se relacionan con la sociedad de la que forma parte. Obviamente, pensamos, al poder ya no le basta vincularse sólo con los llamados Ochocientos, Quinientos o Casa Otomana, el clan de familias interrelacionadas, dominadas y conducidas por los Larraín Salas que, desde la Independencia y durante la postindependencia, había limitado el gobierno a una elite esencialmente capitalina⁸⁵.

Algo había cambiado en Chile para que el gobierno se viera necesitado de viajar a la provincia en busca de un apoyo que, todavía, se podía confundir con respaldo a su obra administrativa, como Montt pretende mostrarlo en su Mensaje al Congreso Nacional. En este contexto, creemos que su experiencia constituye la primera manifestación de una realidad que en tiempos de Balmaceda operará en toda su magnitud, esto es, la de un juego político más plural y competitivo, en la que el Presidente debe buscar a través de diversos medios el concurso de los ciudadanos, no sólo para sus iniciativas de gobierno, también como capital político con que hacer frente a otros actores de la vida nacional, como por ejemplo pueden ser los "partidos" y "círculos" que, según la prensa, se oponían a las iniciativas de Montt.

Nos queda, por último, llamar la atención sobre el hecho de que Montt para ganarse la opinión viajó, escuchó, se dejó homenajear, trabajó y prometió a través de una multitud de decretos, sin tener necesidad de hablar, de utilizar su oratoria en actos masivos, grandes inauguraciones o celebraciones patrióticas. En las crónicas que tratan de su viaje nunca se informa que el Presidente o alguno de sus ministros se haya manifestado para decir un discurso o un brindis. De hecho tampoco hubo muchas oportunidades de hacerlo, pues los eventos en que participó, salvo los banquetes, no se prestaban para ello. En su acción de búsqueda de apoyo político sólo requirió de su presencia física, no importando si esta era atractiva o no, lo que seducía estaba en lo que él representaba, el Presidente de la República, la máxima autoridad de la nación, la encarnación física del poder.

Entonces el Presidente no necesitaba preparar actos masivos, rodearse de una gran comitiva, realizar declaraciones espectaculares, aprovechar las inau-

⁸⁵ Sobre la familia Larraín Salas y su papel en la política nacional en los comienzos del siglo XIX, véase el texto de Mary Lowenthal Felstiner "Kinship Politics in the Chilean Independence Movement", *Hispanic American Historical Review*, 1976, 58-80. Una visión más general del fenómeno de las familias que, en función de alianzas de parentesco, ocuparon posiciones de poder políticas y sociales, se encuentra en Diana Balmori y Roberto Oppenheimer, "Family Clusters: The Generational Nucleation of Families in Nineteenth-Century Argentina and Chile", *CSSH* 2, 1979, 231-261.

guraciones de las obras públicas o los actos patrióticos para atraer la atención⁸⁶. Tampoco tenía que desplazarse continuamente o utilizar la prensa para llegar a la población, bastaba con lo que representaba, la principal fuerza política existente, el único poder que entonces tenía la facultad de atraer la opinión y su concurso casi espontáneo con su sola presencia. Manuel Montt comprendió y utilizó tal poder, de hecho su viaje al sur de 1853, como hemos tenido oportunidad de mencionarlo, no fue el primero que realizó durante su administración, puesto que en 1852 se había trasladado a Valparaíso obedeciendo al interesado convite de los comerciantes porteños.

Las características de este desplazamiento, así como las circunstancias en que se materializó, ejemplifican bien el uso político que el Presidente supo dar a sus viajes a la provincia⁸⁷. Entonces, febrero de 1852, todavía se sentían las oscilaciones y efectos de la revuelta que había suscitado su elevación a la Presidencia y el gobierno intentaba superar los efectos provocados por la crisis a través de una política de benevolencia que, entre otras consecuencias, le significó enérgicas resistencias entre los elementos más exaltados del partido gobiernista⁸⁸. Fue en estas circunstancias que Montt recibió la comunicación de la comisión que, a nombre de la sociedad de Valparaíso, lo invitaba a hacer una visita a la ciudad. Inspiraba a los porteños el deseo de ver realizados lo que llamaban "algunos proyectos de utilidad pública", en especial el ferrocarril entre Santiago y Valparaíso, así como el propósito de homenajear al ilustre visitante⁸⁹.

Para Montt, una excursión a Valparaíso en esos momentos representaba una magnífica oportunidad de obtener múltiples ventajas. En primer término, arribaba a una ciudad que la misma prensa porteña caracterizaba como "notable por su lealtad a los principios conservadores, por su amor al orden y su adhesión sincera a la persona del actual Jefe de Estado", lo cual le aseguraba numerosas muestras de afecto "después de todos los sinsabores que ha experimentado desde seis meses ha"⁹⁰. Además, tendría oportunidad de estudiar en el

⁸⁶ Ciertamente en aquella época todavía no se construían las grandes obras públicas que más tarde darían motivo para el lucimiento gubernamental. Sin embargo, más que un problema de magnitud, el asunto se refiere a una actitud, una forma de comportarse del poder que lo lleva a prescindir de efectos como los señalados para obtener el apoyo de la opinión.

⁸⁷ Manuel Montt excursionó en no más de dos ocasiones a las provincias. Sin embargo sus dos desplazamientos se realizaron en los momentos precisos, cuando más débil era su situación política y por tanto necesitaba adhesiones, y cuando requirió ganarse el apoyo de una parte importante del país para tratar de superar las odiosidades despertadas a su llegada al poder.

⁸⁸ Encina, tomo XIII, 166-170.

⁸⁹ La comisión estaba formada por 24 comerciantes y vecinos y encabezada por el Intendente de la provincia. La invitación estaba fechada el 10 de febrero y el Presidente la respondió afirmativamente el día 13 del mismo mes. Véase *El Mercurio* de 11 y 17 de febrero de 1852.

⁹⁰ Ver *El Mercurio* de 27 de febrero de 1857. El mismo redactor esperaba que el Presidente pudiera decir, luego de recibir la bienvenida de los vecinos de Valparaíso: "Hé aquí un día completamente feliz para mí, un día de regocijo sin lágrimas ni pesares".

terreno algunas de las principales preocupaciones de la opinión porteña, en particular, y nacional en general, como lo eran las relativas al proyectado ferrocarril entre la capital y el puerto, el muelle y la línea de vapores que se reclamaban con urgencia⁹¹.

En esta visita al puerto, que se prolongó entre el 27 de febrero y el 18 marzo, si bien no se materializaron todos los adelantos que los porteños deseaban, lo cierto es que de igual forma Montt obtuvo evidentes dividendos políticos y la ciudad manifiestas ventajas relacionadas con su situación de plaza mercantil.

En el plano político, y puesto que la ciudad era afecta a la política autoritaria, protectora del orden y favorecedora de los intereses materiales y del comercio que Montt promovía, el Presidente recibió la adhesión de los porteños, hecho que, como la prensa destacó, contribuyó a mantener la paz y asegurar la estabilidad del país⁹². Por otra parte, la sola presencia del Primer Mandatario y sus ministros, se dijo, restableció la confianza en los círculos mercantiles, hizo brotar millones y restableció la actividad de los negocios luego de la paralización provocada por la guerra civil⁹³.

Pese a que podríamos pensar que el Presidente Montt recibió el apoyo de los vecinos de Valparaíso en razón de que su política coincidía con las necesidades e intereses de una plaza comercial, lo cierto es que su visita sí tuvo importancia en este fenómeno de adhesión política. Por lo pronto, porque también en el puerto se sufrían las divisiones provocadas por la crisis de 1851, de tal manera que no toda la opinión favorecía al Presidente y el gobernante tuvo que conquistar adhesiones, y porque además la crónica de su estadía en el puerto nos ilustra sobre una conducta orientada en este último sentido.

A diferencia de lo que hemos visto que ocurrió en su gira al sur de 1853, en Valparaíso Montt realizó una intensa actividad social que se materializó en la asistencia a bailes, banquetes y almuerzos públicos y privados; la concurrencia en repetidas ocasiones al teatro; visita a instituciones y personalidades de la ciudad; audiencias de variada naturaleza y presencia en fiestas populares y espectáculos bomberiles. Además, brindó comidas a diferentes miembros de la

⁹¹ La prensa de Valparaíso llamaba la atención sobre estos y otros asuntos de interés general y se felicitaba por la fortuna de la ciudad de recibir al Presidente deseando, luego de conocer los resultados de la visita, poder escribir: "En febrero de 1852 recibió Valparaíso al Presidente Montt, y datan de aquella época los grandes adelantos que el país ha realizado y que con orgullo lega a las generaciones venideras". En *El Mercurio* de 27 de febrero de 1852. Véanse también las ediciones del periódico de 11, 12 y 19 de marzo del mismo año.

⁹² Véase *El Mercurio* de 18 de marzo y 5 de abril de 1853. Entonces, con motivo de una segunda visita del Presidente, se realizaba un balance del significado de su primera estadía en Valparaíso.

⁹³ Ver *El Mercurio* de 1 y 3 de marzo de 1852 y de 5 de abril de 1853.

sociedad; diariamente convidó a seis porteños a sus mesa y, no menos importante, se hizo acompañar por su esposa durante parte de su estadía en la ciudad⁹⁴. Por último, no podemos dejar de mencionar que en más de una oportunidad Manuel Montt habló a sus anfitriones, lo que también representa una peculiaridad significativa respecto de otras de sus excursiones a provincia, sobre todo si consideramos que sus palabras fueron para agradecer el valioso concurso de la "ilustrada población de Valparaíso" en el movimiento que venció la "anarquía" desatada luego de su ascenso al poder⁹⁵.

Creemos que todo lo señalado confirma nuestra interpretación sobre los objetivos políticos que el gobierno se planteó en su primera visita a Valparaíso. Durante la misma, es evidente la preocupación de Montt por compartir momentos con sus anfitriones y, como después se afirmó, "no distraer su ánimo de los cuidados de la política"⁹⁶. Mucho se apreció que el "Presidente de la República, obligado ayer a levantar ejércitos para combatir la insurrección armada; combatido y calumniado hace bien poco por una parte numerosa del pueblo", se presentara, como lo hizo en el puerto, en medio de él, "sin boato, sin ostentación, y con el sencillo traje de un simple ciudadano"⁹⁷.

En el plano de los asuntos económicos y mercantiles, la visita también fue fructífera. De hecho los intereses de los comerciantes y vecinos del puerto se vieron satisfechos en lo que para ellos era lo fundamental, el ferrocarril que los uniría con la capital. Antes de abandonar la ciudad, Montt dirigió una nota a la comisión que lo había recibido y homenajeadado, haciéndole saber del "establecimiento de una compañía con fondos nacionales para la construcción del ferrocarril", un suceso que fue celebrado y visto como un acontecimiento "providencial para Chile"⁹⁸.

⁹⁴ Véanse las ediciones de *El Mercurio* de 10 y 26 de febrero y de 1, 2, 3, 4, 5, 9, 10, 11, 13 y 15 de marzo de 1852. Montt visitó la Bolsa de Valparaíso y algunos de los barcos extranjeros surtos en la bahía; recibió la visita de la Municipalidad y aceptó los almuerzos que le ofrecieron Waddington y Enrique V. Ward. En esta oportunidad, y como no lo hizo en el sur, el Presidente se hospedó en un hotel de la ciudad, situación que servía mejor a sus propósitos y ocasionaba menos trastornos en razón de lo prolongado de la estadía.

⁹⁵ *El Mercurio* de 13 de marzo de 1852.

⁹⁶ *El Mercurio* de 18 de marzo de 1853.

⁹⁷ *El Mercurio*, 1 de marzo de 1852. Conceptos similares se encuentran también en la edición del 28 de febrero de 1852. Llama la atención el interés existente por ver al poder "humanizado" y cercano. Naturalmente, esta actitud condicionará las prácticas políticas que más adelante se manifestarán.

⁹⁸ *El Mercurio*, 19 de marzo de 1852. Aprovecharemos la expresión arriba reproducida para llamar la atención sobre un hecho importante, que muestra también la evolución que tienen los viajes presidenciales. En el Chile de mediados del siglo pasado, en donde todo estaba por hacerse en materia de adelantos materiales y la modestia de las rentas públicas eran evidentes, tanto Montt como sus antecesores dedicaron sus mínimos viajes a provincia a estudiar proyectos y atender solicitudes, de tal manera que los resultados concretos de los mismos en el orden econó-

Sin duda el primer viaje de Montt a Valparaíso fue un suceso afortunado para el Presidente, y este hecho, sumado a los proyectos que había dejado encaminados y a la situación del puerto y sus necesidades, explican que al cabo de un año volviera a la ciudad que él calificaba como el "centro del comercio que vivifica con sus capitales los ángulos más apartados de la República"⁹⁹. Fue de regreso de la gira al sur, que hizo por mar, lo que le permitió arribar a Valparaíso y permanecer allí unos pocos días. La estadía dio ocasión al Presidente de abordar algunos graves problemas que preocupaban a los porteños y que la prensa ya había planteado¹⁰⁰. Si en su primera visita al puerto, Manuel Montt se había concentrado en cuidar las relaciones políticas del gobierno, además de desvanecer las dudas sobre el ferrocarril, ahora su empeño principal fue, justamente, la situación de la empresa organizada para la construcción de este y el reconocimiento de los trabajos en marcha¹⁰¹.

Si bien los propósitos explícitos de los viajes de Manuel Montt se referían a la voluntad de imponerse personalmente el gobierno de las necesidades de las provincias para su mejor administración, lo cierto es, como hemos tenido oportunidad de mostrar, tuvieron también motivaciones políticas derivadas de las circunstancias en que Montt asumió la Presidencia. En virtud de lo anterior, en ellos convergen las motivaciones que habían propiciado las expediciones de sus predecesores en el poder, con las que, en el futuro, animarán a salir a la

mico se traducían en proyectos por ejecutar. En cambio, en el Chile de Balmaceda, con la riqueza del salitre, los sistemáticos viajes a provincias del poder no sólo tienen el carácter de estudio, gran parte de ellos fueron para inaugurar importantes obras públicas que prestigiaban todavía más a quien los entregaba al uso público. Además, las obras inauguradas, normalmente ferrocarriles, hicieron posible una mayor frecuencia de los viajes presidenciales.

⁹⁹ Véase el brindis del Presidente en el banquete que le ofreció la ciudad. En *El Mercurio* de 11 de marzo de 1852. Antes de los viajes de Balmaceda, la mayor parte de las escasas ocasiones en que los Presidentes salieron de la capital fue para trasladarse a Valparaíso. Dos razones principales explican esta situación. Por una parte que el puerto fuera el lugar escogido como residencia del gobierno durante los meses de verano; de otra, y también relacionada con la primera, que Valparaíso fuera la plaza comercial más importante de Chile; aquella donde circulaban los capitales y se creaban las sociedades que explotaban las riquezas; el punto de salida y entrada de la producción nacional y extranjera; la ciudad con el mayor número de extranjeros radicados en el país; la residencia de una sociedad que naturalmente pesaba en la marcha general de la nación y que, por lo tanto, era necesario atender con predilección.

¹⁰⁰ Véase *El Mercurio* de 18 y 22 de marzo y de 5 y 6 de abril de 1853. Las principales obras que se reclaman eran las del ferrocarril Santiago-Valparaíso, la construcción de un muelle y almacenes fiscales, una factoría de marina, más escuelas y algunas reformas judiciales y administrativas, lo anterior sin perjuicio de las cuestiones relacionadas con los bancos, impuestos y leyes fiscales tan importantes para los habitantes de la principal plaza comercial del país.

¹⁰¹ A tal punto llegó la concentración del Presidente en esta empresa que, con razón, *El Mercurio* lamentaba que en esta oportunidad Montt "no alcanzó a recibir los homenajes" que se le habían preparado. Véase la edición del 7 de abril de 1853. La estadía del Presidente fue además breve y sólo se prolongó entre el 4 y el 7 de abril de 1853.

provincia a políticos como Balmaceda. Pero entre unos y otros existe todavía un trecho en el cual se producen otras iniciativas relacionadas con los viajes del poder.

EL PROYECTO SOBRE VISITAS PRESIDENCIALES

De hecho, las concepciones que habían iluminado las expediciones de O'Higgins y Montt, así como el plan de Bulnes, se prolongarían todavía por algunas décadas, y muestra de ello es el proyecto de ley sobre visitas presidenciales que se presentó al Congreso Nacional en 1861¹⁰². La moción pertenecía al senador Manuel José Balmaceda, padre del futuro Presidente José Manuel, y en virtud de ella se imponía al Jefe del Ejecutivo el deber de visitar cada cinco años las provincias y departamentos donde hubiera jueces de letras, dividiéndose el país en tres secciones para efectos de la visita. La iniciativa organizaba también la comitiva que debía acompañar al Presidente, incluyéndose en ella a ministros de corte y congresales, dos secretarios de Estado y empleados subalternos de los ministerios. Por último, se fijaban las expensas y viáticos de los viajeros¹⁰³.

En los fundamentos que servían de base al proyecto de ley, su autor aludía a diferentes situaciones y experiencias que, creía él, apoyaban su proposición. Se refería al Concilio de Trento para afirmar que así como este impuso a los obispos la obligación de visitar sus arquidiócesis, así también nuestros Presidentes, que son los obispos de la República, deben en obediencia a dicho Concilio visitar a los intendentes y gobernadores, que no son otra cosa que verdaderos curas o sotacuras de provincias y departamentos. Señalaba que recorriendo la República los Presidentes, y visitando a cada uno de sus habitantes en sus respectivas casas, imitarían a los Presidentes de Norteamérica, quienes, si bien jamás se mueven de su palacio, reciben sin embargo a todos los ciudadanos que vienen a saludarlos a Washington. Afirmaba que la visita presidencial haría posible obtener los grandes resultados que alcanzaba el gobierno francés por medio de los banquetes y recepciones oficiales que sus ministros acostumbraban dar en París. Por último, pensaba Balmaceda, sólo con las visitas quinquenales podría mantenerse el equilibrio social en todos los ramos de la administración¹⁰⁴.

¹⁰² La moción fue presentada en la sesión 8^o ordinaria de la Cámara de Senadores en 1^o de julio y se reservó para segunda lectura.

¹⁰³ Véase *El Ferrocarril* de 10 de julio de 1861, en el cual se da detallada cuenta de la iniciativa de Balmaceda. *La Discusión* de Santiago de 2 de julio de 1861 sólo informó de la existencia de la moción, sin hacer comentario alguno.

¹⁰⁴ Ver *El Ferrocarril* de 6 de julio de 1861.

Aunque todos reconocieron la utilidad que para la administración del Estado tendrían los viajes presidenciales, demostrándose con ello la vigencia de la noción del buen gobierno asociada a la presencia del gobernante en la provincia, algunos cuestionaron la forma en que se esperaba que esas expediciones se realizaran¹⁰⁵. *El Ferrocarril*, considerando "bueno que el jefe de una nación la conozca y la estudie por sí mismo", opinaba que el proyecto del senador Balmaceda no era el más adecuado para lograr esos objetivos. Argumentaba que la obligatoriedad de las mismas le quitaba al acto su mayor virtud, "el ser la obra de la espontaneidad" y que reglamentar la forma en que el Primer Magistrado debe cumplir sus deberes significaba desconfiar de su "patriotismo y celo". Sostenía que se conseguiría el mismo resultado que el proyecto buscaba si, de una vez, se concedía al Presidente veinte mil pesos para los gastos de viaje de él y su comitiva, demostrándose así más confianza en su patriotismo y en su propia espontaneidad, que en los mandatos imperativos. El editorialista advertía que no siempre el bien forzado era el más provechoso y que valía mucho más el bien voluntario, porque partía de nobles móviles. Para concluir afirmaba, "hay ciertas leyes que no tienen poder alguno cuando falta la voluntad en el que debe ejecutarlas: la que se trata de crear es una de ellas"¹⁰⁶.

Pero *El Ferrocarril* dió también a la luz un remitido que, junto con hacer burla y descalificar los principios que inspiraban el proyecto, hacía ácidas observaciones sobre él, señalando que el mismo significaría someter al país a "un gobierno de posta o de peregrinación", lo que valía tanto como decir que "estamos en vía de progreso, que ya vamos a marchar, que la República tendrá también su *Cuasimodo*"¹⁰⁷.

Al contrario de *El Ferrocarril*, el periódico de Valparaíso, *El Mercurio*, defendió la moción de Balmaceda en todas sus partes, criticando las observaciones que se habían hecho en el primero. Señalaba que dejar a la iniciativa de los Jefes de Estado las visitas no era lo más conveniente, desde "que en todo el tiempo que cuenta de existencia la República, sólo un Presidente ha visitado, y no todas, sino algunas de sus provincias"¹⁰⁸. Además, hacía ver que si las po-

¹⁰⁵ *El Mercurio*, en su edición de 22 de julio de 1861, afirmó que las poblaciones miran como un bien las visitas que pueden hacerles los Presidentes "para informarse personalmente de sus necesidades y escuchar sus exigencias". *El Ferrocarril* creía la iniciativa inspirada en la idea de que el gobernante, al conocer los males, los dolores y las miserias de su pueblo, podría remediarlas. Por eso, opinaba, "poner al alcance del Primer Magistrado de una nación la vida de sus pueblos en toda la amplitud de sus manifestaciones, darle los medios de seguirlo día por día, hora por hora, de saber cuánto piensa y cuánto siente, el proyecto que domina su inteligencia o el sentimiento que hace palpar su corazón, es un poderoso medio de hacer gobierno fácil y bien dirigida administración". Véase edición del 6 de julio de 1861.

¹⁰⁶ Véase el editorial del 6 de julio de 1861.

¹⁰⁷ Véase el texto firmado por *Dos Aristarcos*, "A los señores senadores. Observaciones al proyecto sobre visitas presidenciales". Edición del 10 de julio de 1861.

¹⁰⁸ Se refiere al viaje de Manuel Montt al sur en 1853.

blaciones “aplauden, porque miran como un bien las visitas que pueden hacerles los Presidentes para informarse personalmente de sus necesidades y escuchar sus exigencias, mucho más deben aplaudir la existencia de una ley que les dé la seguridad de que esa visita se efectuará al menos una vez cada cinco años”. Calificando de “pueriles” las observaciones del editorialista del periódico santiaguino, descalificaba también el remitido, atribuyéndolo a la pluma de un ex ministro “que tuvo el raro tino de echarlo todo a perder cuando metió mano en los negocios públicos”¹⁰⁹.

Aunque el proyecto de Balmaceda nunca se abordó en el Senado y la prensa tampoco volvió sobre él, su sola existencia, y las discusiones a que dio lugar, resultan útiles para ilustrar el proceso que llevaría años más tarde a José Manuel Balmaceda a desplazarse a provincias. Vemos en ellas no sólo la permanencia del concepto que vinculaba el buen gobierno con el conocimiento directo del gobernante de los problemas locales, también, y como un periódico lo expresaba, la noción, más moderna, de las ventajas políticas que, “para su popularidad, para los lazos de afecto que deben ligarlo a su pueblo”, los Presidentes podrían esperar de los viajes¹¹⁰.

Si bien la concepción del viaje como hecho principalmente político todavía no predomina, como lo confirma la lectura de las opiniones que entonces se vertieron sobre la moción Balmaceda, lo cierto es que ella está presente, latente, a la espera que se produzcan las condiciones y surjan las necesidades que la lleven a materializarse en desmedro del viaje del gobierno como práctica fundamentalmente administrativa.

La transformación todavía habría de tardar y a ella contribuirían numerosas y diversas situaciones derivadas de la evolución histórica nacional. La expansión del ferrocarril, la evolución política nacional y la experiencia de los políticos locales, entre ellos la de algunos Presidentes de la República que ocasionalmente visitaron la provincia, constituyen los antecedentes que explican este cambio y ellas son el objeto de análisis de un trabajo en ejecución.

¹⁰⁹ Véase el texto “Proyecto de ley sobre la visita presidencial” en la edición del 22 de julio de 1861.

¹¹⁰ *El Ferrocarril*, edición del 6 de julio de 1861.